

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

HORROR EN LA CASA DEL CRIMEN

de

Keith Luger



—¡Cielos, éste es el invierno más largo de mi vida! —gimió Lou Bates.

Tenía razón para decir aquello porque estaba finalizando febrero y aquel día había caído una gran nevada sobre Nueva York.

Su amigo, Duke Martin, las manos metidas en el abrigo, repuso:

—Me da en la nariz que hoy va a ser un gran día para nosotros...



Keith Luger

Horror en la casa del crimen

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1458

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Horror en la casa del crimen*
Keith Luger, 1967

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Cielos, éste es el invierno más largo de mi vida! —gimió Lou Bates.

Tenía razón para decir aquello porque estaba finalizando febrero y aquel día había caído una gran nevada sobre Nueva York.

Su amigo, Duke Martin, las manos metidas en el abrigo, repuso:

—Me da en la nariz que hoy va a ser un gran día para nosotros...

—Oh, sí, un gran día y ya nos escapamos del hotel de Alma Rick gracias a que el vecino de nuestra habitación entretuvo a esa gorda ballena.

—Me refería a que se acabaron nuestras penas. Ahora nos llegaremos a la oficina de Patrick Furness, y él nos dará trabajo.

—Pero antes desayunaremos.

—Tendremos que aplazar eso.

—¿Por qué hemos de aplazarlo? Mi estómago ya no puede más. Pide con urgencia algo caliente... Además, tienes dos dólares.

—Los tenía. Tuve que pagar los dos dólares a nuestro vecino para que hiciese su trabajo.

—Menudo caradura. ¿Eso te hizo el miserable?

Martin dio una palmada a su amigo y se hizo daño, porque Lou Bates era tan grande como un elefante, pero sin trompa.

Subieron por una escalera, y llegaron a un corredor donde tenían instaladas sus oficinas dentistas, picapleitos y profesionales de la estafa.

Duke abrió la puerta en la que se leía: «Patrick Furness. Agente de Asuntos Varios».

Una jovencita delante de una máquina de escribir estaba comiendo un bocadillo.

Lou soltó un rugido.

La joven dio un salto y se asustó.

—¿De qué es? —preguntó Lou.

La joven abrió mucho los ojos. Era muy mona, de unos veintitrés años, rubia, de nariz respingona. Se cubría con un suéter muy ceñido que hacía notar la rotundidad de sus formas.

—Muchacha, no te asustes —dijo Martin—. Lou se refiere al emparedado.

—Es de queso —confesó ella.

Lou hizo rechinar los dientes.

—Dale algo, muchacha, o te morderá —dijo Martin.

La joven cogió un trozo de bocadillo y lo tiró al aire al ver que Lou avanzaba hacia ella.

Bates tomó el trozo de emparedado con la boca, y empujándolo con una mano, lo tragó.

La rubia dijo:

—Eh, oiga, si se trata de un número de circo, se equivocaron de oficina. El señor Smith, el agente de artistas, tiene instalado su negocio al final del corredor.

—Es aquí donde nos necesitan —repuso Duke, encontrando simpática a la chica—. ¿Cuál es tu nombre?

—Margaret Mills.

—¿Y cuándo has decidido trabajar sin cobrar?

—¿Cómo? ¿Qué...? Ya sé, se refiere al señor Furness. Pero se equivoca usted. Llevo aquí una semana y me pagó dos.

Lou se quedó con la boca abierta porque ya había tragado el trozo de emparedado.

—Eh, ¿has oído eso, Martin? Furness debe de estar muy grave...

¿Por qué no avisamos a los loqueros? Pagó una semana adelantada a la chica.

—¿No te lo dije, Lou? Hoy era nuestro gran día. Gracias, nena.

Luego hablaré contigo para comprendernos mejor.

Martin era simpático, con cara granujienta, y un gran atractivo varonil.

Entró en la habitación de al lado, y ahora le llegó el turno de quedarse perplejo.

Patrick Furness vestía un traje de corte inglés, estaba recién afeitado y olía a loción cara.

—Eh, Patrick, ¿a quién mataste para heredarlo?

Furness era calvo, siempre había parecido un buitre, y ahora, a pesar de su indumentaria, seguía pareciendo un buitre, debido a su cuello delgado y a su nariz de gancho.

Soltó una carcajada, pero sonó tan falsa como la de un actor en un teatro de pueblo.

—Le dije a Margaret que no dejase entrar a mendigos.

Lou levantó el puño.

—Te voy a clavar en el suelo, enano. Nadie nos llama a nosotros eso.

—Serénate, Lou —repuso Martin—. Después de todo, Patrick ya empieza a vivir como nosotros. Con inteligencia...

Lou parpadeó unas cuantas veces, hasta que las palabras de Martin se le introdujeron en el cerebro.

Patrick Furness se miró las uñas de la mano derecha y, en esa posición, preguntó:

—¿Qué queréis?

—Trabajo —contestó Martin.

—Lo siento. Ésta es una oficina honrada.

—¿Desde cuándo? —Ladró Lou.

Martin se puso a aplaudir.

—Bravo, bravo, muchacho.

Patrick Furness lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no os marcháis y así podré avisar a la oficina de sanidad para que desinfecte la habitación?

—Eh, Furness —repuso Lou—, será mejor que avises a los de la oficina de Sanidad cuando tú hayas decidido romper el contrato de alquiler.

Martin carraspeó.

—¿Por qué no acabamos con ese torneo de ingenio antes de que uno de vosotros dos caiga fulminado por una embolia?

—Demonios, tienes razón —repuso Lou—. Voy a ver si a la chica le queda más queso.

Patrick Furness señaló la puerta por la que acababa de salir Lou Bates.

—Sigue también el camino, Martin, y luego, derecho, hacia la calle.

—Tranquilízate, Patrick. No he venido aquí a pedirte dinero.

—No te daré mi abrigo —dijo Patrick y señaló en el perchero su abrigo de piel de camello.

—Sólo es una visita de cumplido, Patrick. Pasábamos cerca, casualmente, y dije que nos debíamos llegar a saludarte, pero Lou dijo que no te diese el soplo.

—¿Soplo?

—¿Dije algo yo de carreras...? Olvídalo, Patrick. Sería muy

comprometido para nosotros... Pagarán catorce a uno, y si nos fuésemos de la lengua, nos podrían pasar cosas graves... Lou y yo estamos en la buena racha. Mañana nos iremos a Miami, ya sabes. Aquí, en Nueva York, hace demasiado frío. Nos doraremos al sol. Hotel caro, mujeres caras, todo eso cuesta mucho dinero. Pero también los pobres tenemos derecho a disfrutar del lujo asiático...

—Le dio una palmada a Patrick Furness—. Bueno, Patrick, ya te mandaremos una tarjeta desde allá.

Martin echó a andar hacia la puerta. Había calculado que, si pasaba del centro de la estancia, significaría que su treta no había dado resultado.

Pasó más allá del centro y ya no era cosa de detenerse. Deseó con todas sus fuerzas que Lou le estuviese sacando unos cuantos dólares a Margaret Mills. No, muchos, sólo para hacer frente al almuerzo.

—¡Espera, Martin!

Era la voz tonante de Patrick.

—¿Qué pasa, Patrick? —dijo, volviendo la cabeza.

—Si yo me dejase engañar por ti, me metería la cabeza en un basurero.

—¿La sacaste alguna vez?

Patrick soltó otra vez su falsa carcajada.

—Un ganador, ¿eh...? Y pagan catorce a uno... Es la treta más podrida que he oído en este podrido mundo... Pero estoy dispuesto a invertir diez dólares en vosotros.

—Hoy no matamos a nadie por diez dólares, Patrick —dijo Duke—. Espera a otro día.

—Ése fue más gracioso, Martin.

—Sólo quise indicarte que sigo en forma, y por si te sirve de algo, el soplo es cierto. El ganador será «Tutamkamen», y corre en la cuarta de Santa Anita.

—Puaf —hizo Patrick.

—Está bien. No discutamos más. —Duke se acercó otra vez a su interlocutor—. ¿Para qué son los diez dólares?

—Para investigar.

—¿Qué cosa?

—El paradero de una mujer.

—¿Quién es ella?

—Se llama Sarah Hayes, de veintidós años. No tiene padres. Mi

cliente es su tío, Clinton Hayes. Sarah y él Vivían juntos aquí en Nueva York, en el número 124 de la Quinta Avenida.

—Un pez gordo, ¿eh?

Patrick arrugó el ceño.

—Olvídate de eso, Martin.

—¿Cuándo desapareció la chica?

—Hace una semana.

—Pues debe estar en Australia.

—Está en Nueva York.

—¿Cómo lo sabes?

—Fue vista por un empleado de Clinton Hayes, un tal Norman Gunness.

—¿Dónde la vio?

—En un bar frecuentado por los artistas, en la calle Cuarenta y Dos. El local se llama La Zapatilla.

—¿Qué hizo Norman al verla?

—Habló con ella y le dijo que tenía que volver con su tío. Sarah le contestó que no regresaría a su casa por nada del mundo... Luego huyó. Norman trató de seguirla, pero la perdió de vista.

—¿Cuándo has recibido el encargo?

—Hace un par de horas.

—¿Vino aquí Clinton Hayes?

—Sí. Vino en persona. ¿Pasa algo?

—¿Por qué no ha utilizado los servicios de una agencia de detectives?

—Clinton Hayes me conoce y sabe que nunca fallo.

—¿De qué te conoce?

—Hice un par de trabajos para él hace unos años.

—¿Y no salió escarmentado?

—Deja tus chistes para otra oportunidad, y empezad a ganar los diez dólares.

—Imagino que tendrás una fotografía de la muchacha.

Patrick abrió un cajón y entregó una fotografía a Martin.

Éste vio a una joven de cara sugestiva, de pie, ante un jardín.

—¿Has hecho alguna gestión, Patrick?

—Me disponía a hacerla cuando vosotros llegasteis.

—De acuerdo. Te costará veinticinco dólares diarios.

—¡Ni hablar!

—Por cabeza.

—¿Cincuenta dólares a cambio de nuestros cochinos servicios?

—Serán todo lo cochinos que tú quieras, pero te hemos ayudado a resolver un montón de cosas, y si no fuese por Lou y por mí, estarías metido en un ataúd y comido por los gusanos.

Patrick Funness se carcajeó.

—No me vas a arrancar un dólar más.

—Muy bien. Puedes sustituirnos. Pero tendrás que contratar a diez hombres que te hagan un trabajo comparado al nuestro. Multiplica. Diez por diez son cien.

—Vosotros no valéis por diez hombres.

—Tu voz interior te dice que sí, Patrick, no la traiciones.

—Quince para cada uno.

—Por ser tú, lo dejaremos en cuarenta. Veinte para cada uno, y ni uno menos. Después de todo, no necesitamos el dinero porque «Tutamkamen» nos va a traer la fortuna. Sólo tenemos que esperar a que se corra la cuarta.

—Trato hecho. Cuarenta morlacos en total.

—Escúpelos.

Funness dio las espaldas a Martin, porque no quería que el joven viese su fajo de billetes. Finalmente, se volvió alargando los cuarenta dólares.

Duke se apresuró a coger el dinero y, después de asegurarse que no faltaba un solo dólar, los guardó en el bolsillo, junto con la fotografía.

—Tendrás noticias nuestras, Patrick.

—El señor Hayes quiere resultados rápidos.

—Nos daremos toda la prisa que podamos para que tú puedas cobrar los mil dólares.

—¿Eh?

—Oh, nada. Sólo era una broma —repuso Martin, pero la exclamación y la cara que puso Patrick Funness le indicó que estaba en el buen camino.

Salió a la oficina donde había conocido a Margaret Mills, y dio un respingo al ver por detrás de la mesa un pedazo de pierna.

Lou estaba a gatas, muy cerca de la pierna, y Duke dijo:

—Eh, Lou, no te la comas entera.

La joven se levantó.

—Sólo estábamos buscando una goma de borrar.

—Menos mal. Creí que Lou estaba dispuesto a despecharte.

—Entre los dos estoy segura de que tú eres el antropófago.

Martin llegó ante ella y le sonrió diciendo:

—Premio por descubrir mi debilidad.

La besó en la boca y ella se echó atrás.

—Cuidado, Duke. Tu jefe me advirtió contra ti.

—Ya me curé la tifoidea.

—No es precisamente la fiebre lo peligroso de ti, sino tu habilidad para engañar a las mujeres.

—¿Eso dijo de mí, Patrick?

—Sí, y creo que tiene razón.

—Tú y yo tenemos que hablar de ese tema y te convencerás de que lo de Patrick fue una vil calumnia.

—¿De veras? —dijo ella parpadeando, mientras miraba a Martin.

Duke la volvió a besar y murmuró:

—Te lo aseguro, nena, una vil calumnia.

Ella entreabrió los labios para que Duke la siguiese besando, pero en eso Patrick Furness bramó desde la puerta de su despacho:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis ya ganando los cuarenta dólares?

Lou pegó un salto y dejó de buscar la goma de borrar.

—¿Has dicho cuarenta dólares, Patrick?

—Sí, es lo que dije.

—¡Patrick! —exclamó Lou—. ¡Tú eres mi padre!

—Si yo hubiese tenido un hijo como tú, me habría encerrado en un manicomio.

Lou levantó una mano apuntando al agente de Asuntos Varios.

—Un insulto más y te convierto en carne para albóndigas.

Martin atrapó a Lou de un brazo y se lo llevó hacia el corredor.

—Vamos, Lou. Hemos dé comer.

La palabra fue mágica porque Lou se olvidó de todo e imprimió velocidad a sus piernas.

CAPÍTULO II

En La Zapatilla había poca gente.

Un tipo gordinflón hablaba con otro casi tan gordo como él en una mesa.

—Mándame a Chicago, Bill —decía el primero—. Necesito estar al lado de Emma cuando vaya a dar a luz.

—No hay sitio para ti en Chicago. Falta un cantante de melodías modernas, pero sobran prestidigitadores.

—Tengo nuevos trucos.

—No hay nada nuevo bajo el sol.

—Déjate de frases hechas, Bill... Sabes que Emma ha tenido cinco hijos y que siente pánico a estar sola en esos momentos.

Duke y Lou ocuparon una mesa del fondo.

Un camarero con cara de asesino de película, muy pálido, patilludo y ojos hundidos en las cuencas, se fue acercando.

Lou pidió una doble ración de solomillo poco hecho, con abundante guarnición de patatas fritas, y una doble ración de jamón con huevos.

El camarero puso un gesto de sorpresa.

—¿Va a intervenir en un concurso de arrastre, amigo?

—No, pero me han dicho que le hunda los dientes a un camarero y necesito reunir fuerzas.

El empleado rió el chiste con desgana.

—¿Qué va a tomar usted? —preguntó a Martin.

—Lo mismo, pero reducido a la mitad.

—Entiendo, ración de persona.

Lou fue a levantarse para castigar la osadía del camarero, porque Martin se lo impidió, y el patilludo pudo marcharse sin sufrir deterioro.

—Hemos venido aquí a trabajar, Lou, y consentí en que comiésemos primero. No lo echas a perder con una pelea.

En el camino a La Zapatilla, Martin había contado a Lou la clase de asunto en que se habían metido y ahora Lou dijo:

—Eh, Martin, estoy pensando en algo que es para mondarse.

—¿Algún chiste nuevo?

—No hace falta que busquemos a esa chica. Despachamos el almuerzo, y luego colocamos diez dólares a «Tutamkamen». Cobramos catorce a uno y podremos devolver el dinero a Patrick. Que busque él la chica.

—Lo siento, Lou, pero eso sería jugar una mala pasada a Patrick.

—Pero ¿qué hace él con nosotros?

—Dijiste que era tu padre.

—Me entusiasmé demasiado porque no sabía qué teníamos que hacer para ganar los cuarenta dólares.

—Sólo tenemos que encontrar a esa chica.

—Sólo eso, ¿eh? Tú crees que es la mar de sencillo, pero estoy escuchando mi voz interior.

—¿Y qué te dice?

—Que nos vamos a meter en otro lío.

—Lou, esta vez no hay cadáveres por medio... Sólo se trata de que una rubia mona, Sarah Hayes, se cansó de estar con su tío y decidió correr una aventura. Todo nuestro trabajo consiste en saber dónde se encuentra. Si no quiere venir con nosotros, se lo diremos a Patrick, él se lo dirá a su tío y se acabó para nosotros el asunto.

—Demonios, si no es más que eso, te daré la razón. Será sencillo.

—Pues ya me la puedes dar desde ahora.

El camarero trajo los servicios y Duke aprovechó para sacar la fotografía.

—¿Conoce a esta joven?

El camarero miró la fotografía. Se rascó una patilla.

—Puede.

Martin entregó dos billetes de a dólar.

El empleado guardó los dos billetes y dijo:

—Viene aquí alguna vez...

—¿Cuál es su nombre?

—Ann Marlowe.

—¿A qué se dedica?

—Es danzarina de vientre en el local de Charles Evans.

—¿Un teatro?

—Forma parte del parque de atracciones de Bill Dickman —señaló con la cabeza al hombre grande y gordo, que estaba hablando con el prestidigitador.

—Gracias, amigo. Sólo falta que me diga dónde está ese parque de atracciones.

—A unas tres millas de aquí, en el Bronx, al final de la calle Trescientos Sesenta y Dos.

—¿Y por qué vienen aquí de tan lejos?

—¿No sabe que los artistas tienen sus lugares de reunión? Éste es uno de ellos.

El camarero se marchó para atender un cliente que acababa de tomar posesión de una mesa.

Lou ya estaba dando cuenta de su doble ración y Martin se dedicó a despachar la suya.

Cuando terminaron de comer, Lou dijo:

—Ahora quiero un buen postre.

—No tenemos tiempo para eso —contestó Martin.

—Eh, ¿por qué tanta prisa?

—Porque sabemos dónde está la chica y no podemos permitir que se escape.

Fue suficiente para que Lou saltase de la silla.

—Vamos a por esa muchacha.

El gordito prestidigitador seguía porfiando con Bill Dickman.

—Bill, mándame a Chicago y te lo agradeceré toda la vida.

—Está bien. Lo haré.

—Gracias, Bill —exclamó emocionado el prestidigitador.

Duke y Lou salieron del local y se metieron en un taxi.

Veinte minutos más tarde llegaban al parque de atracciones de Bill Dickman.

Muchos de los artefactos mecánicos estaban en marcha.

Los visitantes eran numerosos.

Un tipo con *smoking* y sombrero de copa, voceaba ante una de las barracas.

—¡Pasen y *madame* Popescu les leerá el futuro...! ¡Conozcan lo que el destino les depara...! ¡Sepan con días, meses, años de anticipación, cuál va a ser su suerte sobre el planeta llamado Tierra!

—Eh, Martin —dijo Lou— ¿por qué no entramos? Sólo cuesta un dólar...

—No me interesa conocer mi destino. Me gusta el misterio en la vida.

—Oh, sí, claro. A ti te gustan todos los misterios, y por eso no nos

hemos hecho ricos.

Oyeron música árabe y pronto llegaron ante otro de los barracones, con una pequeña plataforma, en donde tres muchachas con una figura irreprochable, gran parte del estómago desnudo, el rostro cubierto con un velo, vestidas como las bayaderas, interpretaban una danza.

Un tipo con larga barba y turbante decía:

—¡No se lo pierdan, señores y caballeros...! ¡Muy pronto va a comenzar el gran espectáculo que los transportará al paraíso de *Las Mil y Una Noches*...! ¡Vean con sus propios ojos a las mejores danzarinas de vientre del mundo que les deleitarán con el número bomba favorito de Harum-El-Raschid...!

—Demonios, Duke —dijo Lou—. Eso debe de estar bien.

—Compra dos boletos.

Lou recibió dos dólares y se fue a la taquilla.

El hombre del turbante hizo chascar los dedos y las bayaderas empezaron a retirarse hacia unas cortinillas del fondo.

Martin estaba observando atentamente a las jóvenes, pero sus cuerpos eran muy parecidos, y las tres morenas. Sarah Hayes era rubia.

Lou le hizo una señal desde la puerta y entraron.

Un tipo vestido también como un árabe, pequeño, con ojos un poco bizcos, les cortó los boletos.

El teatro era de poca capacidad, para un centenar de personas. El escenario estaba al fondo.

—Espérame aquí, Lou.

—¿Adónde vas?

—No vinimos a divertirnos, sino a por la chica.

Duke vio una puerta a la izquierda y la abrió.

Al otro lado, un negro que se cubría con fez, y con grandes pantalones bombachos, el torso desnudo, lo detuvo.

—No se puede pasar.

Duke le dio un billete de a dólar, mientras decía:

—Soy un periodista y quiero entrevistar a Ann Marlowe.

—Todas están en el mismo camerino. Primera puerta a la izquierda.

—Gracias, Tom —dijo Duke.

—No me llamo Tom, sino Elías.

—¿Está Evans por ahí, Elías?

—Está en su oficina. Pero tenga cuidado con él. Es un tipo con malas pulgas. Se disgustará si le dice que yo lo dejé pasar.

—No te preocupes, Elías. Sabré defenderte.

Duke se dirigió al camerino general. Asomó la cabeza y dos mujeres gritaron porque estaban en combinación.

Duke sonrió porque ahora cubrían más carne que cuando actuaban. Una de ellas le arrojó un zapato y tuvo que retirarse. Pero mantuvo la puerta abierta y dijo:

—Eh, muchachas. Busco a Ann Marlowe. Que salga.

Pasaron unos segundos y, como no salía nadie, Martin volvió a insistir.

—Si no sale Ann Marlowe, entraré yo.

Contó hasta cinco y entonces vio aparecer el bonito rostro de la chica que andaba buscando.

—Hola, Sarah.

—¿Quién lo mandó?

—¿Quién crees tú?

—Mi tío Clinton.

—Así es. Quiere que vuelvas con él.

—Ni lo piense.

—¿Por qué no quieres regresar con tu tío Clinton...?

—Es asunto mío, señor como se llame.

—Duke Martin.

—Hágame un favor, señor Martin. Dígale a mi tío Clinton que me deje en paz. El ya no existe para mí, y yo no quiero existir para él.

—No puedo llevarte a la fuerza, Sarah.

—Claro que no. Soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera.

—Estupendo, entonces podrás hacerme una confesión.

—¿Qué confesión?

—La de tus motivos para huir de tu tío... ¿Quizá has sentido la llamada del arte y quieres ser famosa?

—No diga tonterías.

—¿Por qué entonces viniste a parar precisamente aquí?

—Porque me gusta el baile, simplemente por eso, y porque se me dan bien las danzas orientales. Desde un principio renuncié a cualquier ayuda económica de mi tío. Tengo que ganarme la vida, señor Martin, y pensé que, de momento, esto era lo mejor para mí. No gano mucho, pero tengo lo suficiente.

En ese momento, Duke oyó una voz a sus espaldas.

—Eh, Ann, ¿te molesta este tipo?

Martin vio a un joven musculoso, bien parecido, de rostro bronceado.

—Señor Martin, será mejor que se marche —dijo Sarah Hayes—. Rock le podría hacer daño.

—Conque Rock, ¿eh? —dijo Martin.

El chico musculoso se apuntó el pecho.

—Sí, Rock Nelson, y por si no lo sabe, soy forzado de profesión.

—¿Qué hace? ¿Masca clavos?

—Reviento tripas, la de los tipos que me molestan. De modo que será mejor que deje en paz a Ann.

—¿Son novios?

—Eso a usted no le importa.

Duke se dijo que no tenía más remedio que marcharse porque nada hacía allí.

—Nos veremos, muchachas.

Rock levantó un puño.

—No vuelva por aquí o le daré una sesión de masaje que no le va a gustar nada.

Duke sonrió pensando en lo divertido que sería enfrentar a Rock Nelson con Lou Bates. Saldrían chispas.

Iba camino del negro cuando se interpuso en su camino un hombre de talla mediana, con aspecto de *gánster*.

—Soy Charles Evans.

—Tanto gusto, Evans.

—Me dijeron que es periodista.

—Sí, Duke Martin, del *Star*.

—No me gusta el *Star*.

—Hay mucha gente que no le gusta, y compran otros periódicos de Nueva York.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Una entrevista.

—Me debió pedir permiso. Ya lo vi con Ann Marlowe. ¿Por qué quiso hacer la entrevista precisamente a ella?

—Porque es una chica muy mona.

—¿Sabe una cosa, Martin? No creo que haya venido hacer una entrevista a Ann Marlowe. Ni siquiera creo que sea usted periodista.

Duke le dio una palmada en el brazo.

—Entonces vamos a dejarlo como está.

—Un tipo vivo, ¿eh? Le voy a hacer una advertencia. Si vuelve por aquí, no saldrá por su propio pie.

—Oh, sí, Rock Nelson se encargará de mí.

—Hay unos cuantos que pueden encargarse de usted, además de Rock Nelson.

—Lo tendré en cuenta, Charles —dijo Martin y se marchó hacia la puerta que había utilizado para entrar.

El negro gimió por lo bajo.

—Ahora me despedirá.

—No te preocupes, Elías. Si te despide, será bueno para ti. Podrás escoger otro patrón.

Salió al patio de butacas, donde la gente silbaba porque todavía no había empezado el espectáculo.

Se sentó junto a Lou, el cual silbaba más fuerte que nadie.

—Eh, Lou, tengo que marcharme. Tú te quedas. En cuanto termine la sesión, vete a la puerta por la que salen los artistas. No quiero perder de vista a Ann.

—¿A Ann?

—Sarah Hayes.

—Oh, sí, es verdad.

—Es posible que salga con un tipo guapo, muy musculoso, que se llama Rock Nelson y se dedica a romper tripas.

Lou parpadeó.

—Un matón, ¿eh?

—No parece mal chico, y da la impresión de estar enamorado de Sarah. Procura mantenerte lejos de ellos, pero cuidado con perderlos.

—¿Adónde vas tú?

—A ver el tío.

—¡Pero si tenías que llevársela!

—Sí, tenía que llevársela, pero todavía no sé por qué huye la chica. Si ella tiene razón para no volver, Clinton me va a oír.

—Eh, Duke, no te contrataron para eso.

Pero Martin no contestó porque ya iba camino de la salida.

CAPÍTULO III

En la mansión de la Quinta Avenida le abrió un criado con aspecto de inglés, rubio, alto, delicado.

—Los vendedores deben de entrar por la puerta de servicio.

—Echa a galopar, esclavo, y dile a tu dueño que le traigo noticias de su sobrina Sarah —repuso Martin.

El criado se quedó confuso y Duke aprovechó el momento para entrar.

—¿Quién es usted?

—Duke Martin, un empleado de Patrick Furness, y s: estás esperando que saque el rapé, estás listo porque no lo uso.

El criado tosió.

—Espero que no sea una broma.

—A correr —dijo Martin y sintió la tentación de poner en marcha al criado con una patada en el trasero.

Pero no hizo falta porque ya se estaba moviendo.

Al cabo de un rato reapareció.

—Sígame, el señor Hayes lo va a recibir.

—Cuánta amabilidad.

Duke entró en un salón-biblioteca.

Un hombre de unos cincuenta años le salió al encuentro. Era de fuerte complexión, alto y tenía cierto parecido con el actor Vincent Price.

—¿Dónde está mi sobrina?

—En cierto lugar de Nueva York —repuso Duke.

—¿Es un chiste?

—No, señor Hayes, no lo es.

—Richard me ha hablado de que parece usted un hombre muy informal.

—¿Le pregunta siempre a su criado lo que le parecen sus visitantes?

—No me gustan sus palabras, ni el tono de su voz.

—Entonces, empezaremos por el principio —dijo Duke, y se volvió hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde va?

—Saldré y volveré a entrar.

—Deje de hacer payasadas.

—Sólo quería que nuestra entrevista fuese más cordial.

—Pero ¿qué diablos quiere? ¿Es usted en realidad un empleado de Patrick Furness?

—Puede cerciorarse haciéndole una llamada.

—No dude de que lo haré... —dijo Clinton Hayes, y se dirigió hacia la mesa. Descolgó el teléfono y marcó un número y dijo—: ¿Señor Furness? Soy Clinton Hayes... Aquí hay un tipo que dice ser empleado suyo... Duke Martin... Unos veintiocho años, uno sesenta y tres de talla...

—Sesenta y dos kilos de peso —puntualizó Duke.

—¿Algo cara dura, señor Furness? Yo diría que se queda corto. Lo siento, señor Furness, pero debo decirle que elige usted muy mal a sus empleados. —Hayes colgó de un golpe.

Luego se frotó las manos como si se lavase mientras observaba escrutadoramente a su visitante.

—Empecemos otra vez, señor Martin.

Duke dio media vuelta para salir.

—¡Estese quieto ahí! ¡No le dije que saliese...!

—Tenga cuidado, señor Hayes, le puede sobrevenir un ataque al corazón.

En los ojos de Hayes chispeó la furia.

—¿Qué es lo que pretende, Martin?

—Quiero saber por qué su sobrina huyó de su lado.

—¿Qué?

—Debo conocer los motivos de la huida de su sobrina para saber de qué parte ponerme.

Hayes dejó de lavarse las manos y apuntó con una de ellas a Martin.

—No sabe lo que dice. ¿O es usted un ventajista? Es eso, ¿verdad...?

Usted sabe donde está ella, pero no me lo quiere decir porque quiere más dinero... Muy bien, le daré cien dólares por su información.

—No, señor Hayes.

—Doscientos.

—No hay nada que hacer, señor Hayes.

—Quinientos, pero no espere que le dé un dólar más.

—No he venido a sacarle un centavo más de lo que recibí de Patrick

Furness.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho, señor Hayes. ¿Por qué huyó su sobrina Sarah de su lado?

—¡Salga inmediatamente de esta casa!

—Como usted quiera, señor Hayes, pero me informaré inmediatamente.

Duke dio media vuelta y casi tropezó con un hombre de cabello rojizo y nariz pecosa, que lo sujetó por el brazo.

—He oído sus últimas palabras, señor Hayes. ¿Lo ha insultado este hombre?

—Eh, muñeco, ¿quién eres tú? —repuso Duke.

—Norman Gunness, el secretario del señor Hayes, y eso de muñeco se lo voy a hacer tragar.

—Me gustaría saber cómo.

—Así —dijo Norman y tiró el puño a la cara de Duke.

Sin embargo, Martin tenía mucha agilidad, y lo demostró saltando a un lado y burlando el golpe. A renglón seguido, pero con el filo de la diestra en el hombro de Norman.

Fue visto y no visto.

Norman Gunness cayó fulminado, y como no puso las manos por delante, estrelló la cara contra la alfombra.

Allí quedó sin sentido.

Aquella escena había indignado aún más a Clinton Hayes. Su rostro estaba lleno de ira, y no podía articular palabra.

—Ya se lo he dicho, señor Hayes —habló Martin—. Sabré lo que pasa entre usted y su sobrina.

Duke vio al criado que estaba muy estirado, cerca de la biblioteca.

—Eh, Richard, no deberías escuchar a través de las puertas. Es de mala educación.

El criado arrugó la nariz y sonrió, acompañando a Martin a la salida.

—Me gustó que golpease a Norman Gunness. Es un tipo con muchos humos. Le convenía bajarlos. Desde ahora puede contar con mi amistad, señor Martin.

Cuando llegaron al vestíbulo, Martin preguntó:

—¿Por qué Sarah Hayes huyó del lado de su tío?

—Muy sencillo. Porque él se quería casar con ella para heredar el

millón de dólares que pertenece a Sarah.

—No está mal. Qué gran negocio para Clinton Hayes.

—Así es la vida, señor Martin. Unos tienen poco y otros mucho. Y los que tienen poco quieren apoderarse de lo de los otros —el criadito dio un suspiro—. El hombre es ambicioso porque nació de padre y madre.

—Eh, chico, será mejor que no filosofes o acabarás en un manicomio.

Duke tomó un taxi y regresó a la feria de Bill Dickman.

Encontró a Lou Bates en la puerta del barracón donde actuaban las bayaderas.

—Eh, Duke, al fin llegaste...

—¿Y Sarah?

—La perdí de vista —gimió Lou.

—¿Cuándo?

—Apenas salió de aquí. Había mucha gente, ¿sabes?

—¿Con quién iba ella?

—Con el tipo que me dijiste, el musculoso buen mozo.

El negro Elías salía en aquel momento y Martin le alargó un par de billetes de a dólar.

—Lo siento, amigo —dijo el negro—, pero ya no le puedo ayudar. Mi jefe, el señor Evans, me dijo que si volvía a faltar a mi obligación, me despediría...

—Esta vez no tienes que faltar a tu obligación porque estamos fuera de la choza. Sólo quiero saber dónde puedo encontrar a Ann Marlowe, o a Rock Nelson...

El negro hizo desaparecer los dos billetes en el bolsillo, y dijo:

—Ellos acostumbran comer en el restaurante de Ruth McCormick, en la calle Sesenta y Cuatro.

—¿Dónde se hospeda la chica?

—En el hotel de Ruth McCormick, que está encima del restaurante.

—Gracias, muchacho...

Viajaron otra vez en taxi hasta el restaurante de la calle Sesenta y Cuatro.

El local estaba lleno de un público chillón y se veía a las claras que casi todos los clientes eran artistas.

Duke descubrió a Rock Nelson, pero no estaba en compañía de Sarah Hayes, sino de una morena.

—Hola, Rock.

Nelson estaba comiendo huevos con tocino y levantó la mirada del plato. Al ver a Duke Martin dijo:

—Váyase al diablo.

Lou se inclinó sobre la mesa.

—Eh, Duke, ¿es éste el niñito que te quería hacer daño?

Rock miró a Lou y rió doblando la cabeza.

—¿De dónde sacó el monstruo, Martin? Seguro que fue en una cloaca, pero de todas formas, yo no soy el que contrata las artistas. Diríjase a Bill Dickman.

—Ya te la ganaste —dijo Lou y levantó el puño para descargarlo como una maza sobre la cabeza de Nelson, pero Duke se lo impidió.

—No, Lou. Todavía no.

Rock rió de dientes a fuera.

—Ahora que lo pienso, los dos podrían trabajar juntos como payasos.

—Maldita sea, Duke —exclamó Lou—. Déjame un minuto a solas con él y yo seré quien le saque las tripas por la boca.

—Calma, muchacho, calma. Rock va a colaborar con nosotros.

La morena, que no había intervenido porque comía a dos carrillos, dijo:

—Eh, Rock, estos chicos me parecen simpáticos...

—Cierra el pico.

—¿Por qué he de cerrarlo? La boca ha sido hecha para hablar... Muchachos, soy Samantha Garner.

—Tanto gusto, Samantha —dijo Duke.

—Lo mismo digo —habló Lou—. Eh, Samantha, ¿por qué no eliges mejores tipos como compañeros?

—No es mal chico. Lo que pasa es que está enamorado de Ann Marlowe y ella lo plantó.

—Te dije que cerrases el pico, pero ahora te lo voy a cerrar yo —exclamó Rock y le soltó una bofetada.

Duke no esperó más y disparó el puño a la cara de Nelson.

Fue el comienzo de la batalla.

Rock rodó por el suelo después de llevarse el mantel, los platos y un par de sillas.

Se levantó y dijo gritando a los que lo rodeaban:

—¡Chicos, hay que acabar con ellos...!

Un hombre con cara de gorila, un tipo joven con aspecto de trapequista, y el Hombre Montaña, provisto de una barba negra que habría sido la envidia de un existencialista, se arrojaron sobre Duke y Lou.

Lou atrapó al trapequista y lo mandó por el aire, y claro, el muchacho se colgó de la lámpara. Pero ésta no pudo resistir su peso y se vino abajo.

El gorila quiso partir en dos a Duke y logró cazarlo por el cuello, pero Martin sabía mucho judo y le aplicó una llave. Ésta resultó ser maestra porque el fulano llamó a su papá mientras se derrumbaba en el suelo, las manos en la entrepierna.

El Hombre Montaña soltó un gruñido y cargó sobre Lou.

—Ven aquí que te voy a afeitar —dijo Lou y le dio una pasada.

Pero la barba era de la mejor calidad, y Lou sólo pudo arrancar algunos cabellos.

El Hombre Montaña rugió y no de gusto, cogió una mesa como si fuese un juguete y la estrelló sobre el cuerpo de Bates, pero el compañero de Duke estaba hecho de granito y la mesa se convirtió en mondadientes, sin que él sufriese daños irreparables.

Luego, Lou probó su cabeza en el cuerpo del Hombre Montaña.

Los dos cayeron llevándose consigo un mogol que comía fuego durante su representación, tres cosacos que bailaban lo suyo, un encantador de serpientes y dos enanos.

La peor parte fue para los enanos porque el Hombre Montaña rodó por encima de ellos y faltó poco para que los convirtiese en pulpa.

Duke gritó:

—Vámonos de aquí antes de que llegue la policía, Lou.

A Lou le entusiasmaba la pelea, pero al oír la palabra policía, decidió seguir el consejo de Duke.

Los dos amigos salieron del establecimiento dejando tras de sí maldiciones, lamentos y ruina.

CAPÍTULO IV

La nueva secretaria de Patrick Furness se estaba limando las uñas cuando Duke y Lou volvieron a entrar en la oficina.

—Caramba, ¿otra vez vosotros?

—Ya sé que nos echaste de menos —dijo Martin y la besó en la punta de la nariz.

Siguió su camino hacia la puerta del fondo y entonces la secretaria le gritó:

—¡No entres, Duke!

—¿Qué pasa?

—El señor Furness dijo que no existía para vosotros.

—Tu jefe debería ser más original —dijo Duke, y abrió la puerta.

Patrick Furness escuchaba la radio. El locutor estaba retransmitiendo la cuarta carrera de Santa Anita.

«“Tutamkamen” está en segundo lugar, pero avanza como una flecha... Faltan cien metros para la llegada... En cabeza sigue “Napoleón III”... ¡Se trata de una lucha a muerte entre emperadores...!».

Patrick Furness, que todavía no se había dado cuenta de la presencia de Duke y Lou, hizo rechinar los dientes.

—Adelante, «Napoleón III»... Tienes que ganar... Recuerda que al final de la carrera te espera, Josefina...

—Estás muy mal de historia, Patrick —dijo Martin—. El de Josefina fue Napoleón I.

—Da lo mismo —dijo Patrick a la radio, como si fuese el locutor el que le hubiera hecho la corrección.

El locutor dijo en ese momento:

«¡“Tutamkamen” pasa en primer lugar la raya de llegada derrotando por un cuarto de cabeza a “napoleón III”...!».

—¡No...! ¡No...! —gritó Patrick Furness, golpeando los puños sobre la mesa.

Lou se dejó caer gimiendo en un sillón.

—Martin, no hicimos nuestra apuesta... ¡Y han pagado catorce a uno!

Patrick Furness pareció darse cuenta entonces de la presencia de los dos amigos, y cerró la radio.

—¿Vosotros...? —tartamudeó—. ¡Fuera de aquí...! ¡No quiero veros...! ¡Sois chusma! ¡Me la jugasteis...!

Duke dio la vuelta a la mesa y atrapó a Furness por el cuello.

—Patrick, olvídate de las carreras.

—¿Cómo quieres que lo olvide? ¡Pude hacerme rico!

—No hiciste caso de mi soplo —repuso Duke, quien en realidad no había recibido ningún soplo y sólo se había dejado llevar por una corazonada al asegurar que «Tutamkamen» ganaría la carrera.

—Estoy arruinado... Aposté doscientos dólares por «Napoleón III»...

—Olvídate de eso, Patrick.

Furness parpadeó.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué habéis venido? ¡He muerto para vosotros...! Sólo me traéis la desgracia... —Señaló el teléfono—. Clinton Hayes me llamó hace un rato diciéndome que cancelaba mis servicios. Y también me dijo otras cosas: incompetente, patrón de tipos de tres al cuarto... ¿Y sabéis a quién se refería al hablar de tipos de tres al cuarto?

—A nosotros.

Furness se quedó con la boca abierta, y finalmente dijo:

—Cada vez que os dejáis caer por este despacho, es como si entrase aquí la peste... ¡Fuera, maldito sea! ¡Fuera!

—Tranquilízate, Patrick. En ese asunto podemos ganar mucho dinero.

—¿Eh? —dijo Patrick, al oír la palabra más atractiva de su diccionario.

—Sarah Hayes huyó de casa de su tío porque no quiere casarse con él.

—¿Qué tiene de particular que el tío esté enamorado de la sobrina? Hay muchos tíos y sobrinas que se casan y son felices.

—En este caso, hay por medio un millón de dólares.

Patrick se quedó de muestra, igual que un perro de caza.

—Repítelo, Duke.

—Un millón de dólares.

—Debí suponerlo, puesto que el tipo vive en la Quinta Avenida... —La cara de Furness se alegró mucho—. Duke, siempre he dicho que eres un tipo listo. Seguro que tienes un plan.

—Seguro —convino Duke, sacudiendo la cabeza—. Pero antes de ponerlo en práctica quiero saber exactamente qué clase de relaciones sostuviste con Clinton Hayes.

—Sólo le facilitó un par de modelos.

—¿Modelos? ¿Es pintor?

—No. Lo suyo es la escultura.

—¿Por qué no las buscó él?

—Y yo qué sé. Probablemente, porque pensó que yo le podía elegir mejores modelos.

—¿Qué tal eran?

—Sensacionales.

—¿De dónde las sacaste?

—Le traje una de Trento y otra de Philadelphia.

—¿Por qué de allí?

—Porque Clinton Hayes dijo que las quería de lugares fuera de Nueva York.

—Habría encontrado muchas modelos en Greenwich Village.

—El señor Hayes dijo que estaba harto de las modelos de Greenwich Village.

—¿Quieres decir con eso que le mandaste dos y te aceptó las dos?

—No. Le mandé seis y sólo aceptó dos. Está claro que las otras cuatro no reunían las condiciones para ser modeladas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace exactamente dos años.

—¿Quieres decir que desde entonces no volvió a solicitar tus servicios?

—No.

—¿Se aburrió de la escultura?

—Puede que se aburriese y se dedicase a coleccionar sellos o mariposas. —Furness rió su chiste.

—Háblame de los padres de Sarah Hayes.

—Sé muy poco. Murieron cuando ella era muy niña.

—¿Y cómo murieron?

—Se dirigían a Europa en un avión que desapareció en el océano.

—¿Cuál fue la causa de la catástrofe?

—Nunca se supo. Cuando ocurren esta clase de catástrofes en el océano, no existen muestras para examinarlas en el laboratorio... Eh, muchacho, no supondrás que... —Dejó la frase sin terminar.

—Gracias, Patrick. Es lo que necesitaba... Andando, Lou.

—¡Espera, Duke! —gritó Patrick, cuando ya el joven estaba cerca de la puerta.

—¿Qué quieres?

—Tengo derecho al cincuenta por ciento, y no me preguntes de qué. Sabes a qué me refiero. He adivinado tu plan.

—¿De veras?

Patrick Furness se frotó las manos, y eso hizo recordar a Duke la figura de Clinton Hayes, porque el gesto era muy parecido.

—Vas a chantajear a Clinton Hayes. Lo acusarás de haber matado al padre y a la madre de Sarah.

—Eres un pobre insensato, Patrick.

—¿Eh?

—Tienes menos seso que un mosquito.

—¡No te consiento...!

—Y menos sentido común que una hormiga. ¿Cómo voy a sacarle dinero a Clinton Hayes sin tener ninguna prueba de que hizo eso...? Recuérdalo. Tú mismo lo dijiste. Cuando ocurre una de esas catástrofes en el océano, no queda ninguna muestra para examinar en el laboratorio.

Patrick se quedó una vez más con la boca abierta y Martin dijo:

—Salgamos de aquí, Lou, y dejemos que Patrick piense nuevas tonterías.

Margaret seguía limándose las uñas.

—Duke, te prohíbo terminantemente que me beses en la nariz.

—Trato hecho —dijo él, y la besó en la boca.

Mientras ella parpadeaba confusa, Duke salió, sonriendo, de la oficina y Lou trotó detrás de él.

Ya en la calle, Lou dijo:

—Eh, Duke, esta vez no entiendo. ¿No crees que es buena idea la de Patrick? Podríamos sacarle un buen pellizco a Clinton Hayes acusándole de ese doble asesinato. ¿Sabes lo que se me ha ocurrido? Puedo coger un trozo de chatarra y decirle que está lleno de rastros de pólvora. Seguro que Hayes puso una bomba en el avión para hacerlo pedazos. Tú ya me entiendes, ¿verdad, Duke?

Sí, te entiendo, pero me temo que Clinton Hayes no creerá que tú eres un buzo de categoría y que bajaste unos cuantos miles de metros en el mar para buscar ese trozo de chatarra.

—Entonces, ¿qué es lo que te propones?

—Es la mar de sencillo, Lou. Sarah Hayes huyó de Clinton Hayes renunciando a su fortuna, pero en cualquier momento puede pedirla, puesto que es mayor de edad. Bastará que contrate a un abogado. Eso lo sabe Clinton Hayes. Con todo ello, quiero decir que las cosas no van a quedar como están.

Lou atrapó a Duke por el brazo y lo obligó a detenerse.

—Eh, Duke, no me gusta nada eso que dices.

—¿Por qué?

—Porque ya veo un cadáver. El de la chica. ¿Es eso verdad, Duke? Tú estás convencido de que tío Clinton decidirá cargarse a Sarah.

—Es posible.

—Claro que lo hará. No vaciló en cargarse al padre y a la madre.

—De eso no sabemos nada.

—Pero nos lo figuramos... Duke, olvídale. Si hay un muerto, el sargento Timothy Flagg no titubeará un segundo en meternos en la cárcel... Es lo que siempre hace: echarnos la culpa.

—No te preocupes. Esta vez no va a pasar nada de eso. Tomaremos todas las precauciones.

—¿Y adónde vamos ahora?

—A la Quinta Avenida. Quiero hablar con Clinton Hayes.

—¿Y qué persigues con esa conversación?

—Obligarle a que muestre su juego.

Los dos amigos echaron a andar, pero Lou no dejó de rezongar por lo bajo.

Les abrió el criado que Duke conocía, Richard.

—Hola, muchacho —dijo Duke, colándose en la casa, y Lou lo siguió.

—Eh, ustedes... Nadie les ha dicho que pasen.

Lou cerró de golpe, y habría pillado la mano de Richard si éste no se hubiese dado prisa en apartarla.

—¿Dónde está tu patrón, Richard? —preguntó Duke.

—Con la señorita Sarah.

—De modo que ella está aquí... Lo celebro. Espérame, Lou. Voy al salón-biblioteca.

—Ellos no están en el salón-biblioteca —dijo el criado.

—¿Dónde celebran la conversación?

—En el museo del señor Hayes.

—¿Hay aquí un museo?

—Sí, en el sótano, pero el señor Hayes prohibió que se les interrumpiese.

Martin descubrió una puerta en la pared, al pie de la escalera, y fue hacia allí.

—Señor Martin, le repito que no puede entrar.

El criado fue a correr, pero Lou le interrumpió el camino atrapándolo por el cuello.

Eso permitió a Duke abrir aquella puerta y bajar la escalera, que se torcía a la derecha.

Desde arriba, y mientras bajaba, Duke pudo ver extrañas figuras de mujeres y hombres cubiertos con vestidos antiguos. A Duke le hizo recordar los museos de figuras de cera, aquellos ^museos en que se representaban a los asesinos más importantes de la historia criminal, sin distinción de nacionalidades.

Las figuras estaban en pequeños escenarios, en unos huecos de la pared.

Duke identificó a una de las figuras. Era Landru, y tenía sus manos puestas sobre el lindo cuello de una atractiva joven.

El museo estaba iluminado por luces tenues, lo cual provocaba que las figuras arrojasen sombras fantasmales.

Aquellas caras sin vida impresionaron a Duke hasta el punto que sintió un escalofrío por la espalda, y eso que estaba acostumbrado a ver las más horribles escenas, porque, como había dicho Lou, el sargento Flagg los había relacionado más de una docena de veces con cadáveres de distinta clase, acuchillados, con agujero de bala, y hasta troceados.

—¡Sarah! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Ya había llegado al pie de la escalera y se detuvo.

—¡Señor Hayes! —exclamó.

Tampoco le contestaron.

Al fondo estaba el taller de Clinton Hayes. Había figuras en construcción, porque les faltaba la cabeza o un miembro, y un extraño artefacto con correa sin fin y una gran cuba giratoria, como la que utilizaban en los edificios en construcción para mezclar los guijarros, la arena y el cemento.

A la derecha del artefacto descubrió grandes panes de cera.

Duke vio un cuerpo en el suelo. Estaba boca abajo, y por su tamaño y su constitución tenía que ser Clinton Hayes.

Se acercó y le dio la vuelta.

El vello de la nuca se le puso de punta.

Difícilmente se podría identificar aquella cara como la de Clinton Hayes, porque era una cosa horrible, monstruosa, destruida por el ácido. Donde debían estar los ojos, eran dos cuencas tan negras como pozos de alquitrán, y la boca era sólo una raja en donde se veían dientes colgando de las encías carcomidas.

Duke oyó pasos a sus espaldas, y fue a volverse.

En ese momento lo golpearon en la cabeza, y vio que todo giraba a su alrededor, y se derrumbó en el suelo.

Otra vez lo volvieron a golpear, y se sumergió en un mar frío, en donde las olas alcanzaban la altura del Empire State.

Sintióse transportado a un extraño lugar, en donde un hombre que se parecía a Landru lo invitaba a sentarse en una silla. Landru tenía bata de barbero y con su mano derecha esgrimía una navaja.

«Usted es el primero, señor», decía Landru.

Duke se movía lentamente, como había visto a algunos personajes en las películas, al ralentí.

«Dese prisa —decía Landru—. Lo voy a dejar como nuevo».

Y por fin, Duke llegó a la silla y la ocupó.

Landru soltaba una carcajada.

Martin trataba de escapar de la silla, pero ya era demasiado tarde, porque unos garfios lo sujetaban por los brazos y las piernas.

Landru le impulsó la cabeza hacia arriba y Duke pudo ver su cara, con los ojos de loco, la boca que sonreía, babeante.

Pero lo más aterrador era la navaja que iba a caer sobre su cuello.

Entonces, despertó.

Se tocó el gaznate. Lo tenía en su sitio, y Landru estaba quieto, donde él lo había visto antes.

Había otro personaje que ya tenía visto. Aquel cuerpo que podía tocar con sus dedos tan sólo alargando la mano unas pulgadas. El hombre con la cara corroída por el ácido, cuya constitución y tamaño correspondían a la de Clinton Hay es. Y aquel monstruoso cadáver no había formado parte de su pesadilla.

CAPÍTULO V

Duke se tocó la cabeza y se le escapó un grito. El golpe le había producido un enorme chichón.

Echó un vistazo a las figuras de cera. De buena gana hubiese preguntado: «Eh, oiga, ¿quién mató a Clinton Hayes?».

Pero no valía la pena, porque nadie le iba a contestar.

Se dirigió hacia la escalera y subió.

La puerta estaba abierta, y él estaba seguro de haberla cerrado.

Salió del vestíbulo y soltó un gemido al no ver a Lou ni al criado Richard.

Sin embargo, por la puerta del salón-biblioteca le llegó la voz de su amigo:

—Éste es un *whisky* estupendo, Richard.

Entró allí y vio a Bates sentado en un sillón con una panzuda copa de *whisky* en la mano.

Ante él estaba Richard con una botella de cristal de roca, que contenía un *whisky* dorado.

—Hola, Duke —dijo Lou—. Deberías probar este *whisky*.

—Debe ser de lo mejor, porque ya estás mareado.

—¿Yo? —Lou soltó un hipido.

—Pero es bueno que hayas bebido, porque así encajarás mejor la noticia.

Lou le sonrió.

—No me digas que ya lo arreglaste todo y que Clinton Hayes se casará con su sobrina y, como tú lo hiciste posible, te ha pagado con cinco mil dólares.

Duke chascó la lengua.

—No, Lou. La noticia es un poco menos optimista.

—Bueno, suéltala ya, hombre.

—Clinton Hayes se fue al otro mundo.

Bates se echó a reír, mientras Richard quedaba desconcertado.

—Entiendo: decidió morirse para no casarse con su sobrina.

—Bebe otro trago, Lou. Te va a hacer falta.

Lou apuró el contenido de su panzuda copa. Luego frunció el ceño.

—Eh, Duke, ¿qué tratas de decirme?

—Que a Clinton Hayes se lo cargaron.

—Fue la sobrina, ¿eh?

—No lo sé, porque la persona que lo hizo me sacudió en la cabeza. Si vosotros hubieseis estado en el vestíbulo la habríais visto salir del sótano...

De pronto, Lou soltó una carcajada.

—Duke, por un momento has estado a punto de pegármela.

—¿Sí?

—Pero todo es una broma.

Duke palmeó la espalda del criado.

—Richard, si yo estuviese en tu lugar llamaría a la policía, Brigada de Homicidios.

—Al señor Hayes le molestaría mucho que yo llamase a la policía.

—Muy bien. Entonces vete al sótano y pídele permiso al señor Hayes para llamar a la policía.

—Eso voy a hacer ahora mismo —dijo el criado.

Lou alargó la mano y se apoderó de la botella.

Richard salió de la estancia y Martin se sentó en un sillón.

Lou, mientras tanto, se sirvió otra copiosa ración de *whisky*.

Richard regresó y su cara estaba tan blanca como el yeso.

Miró a Lou, luego a Duke y se dirigió hacia la mesa donde estaba el teléfono.

Poco después, ya estaba hablando:

—¿Brigada de Homicidios...? Por favor, vengan a la calle 62, de la Quinta Avenida, casa del señor Hayes... Soy Richard Cowley, un criado... Mi patrón ha sido asesinado... Desde luego, señor. No tocaré nada... Le bañaron la cara con ácido... Dense prisa, por favor.

A continuación colgó, sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara.

Lou lo miraba con la boca abierta.

—Eh, Duke, el criado te siguió la corriente para gastar esa broma a la policía.

—Bebe y calla —dijo Martin, y se acercó al criado—. Dijiste que Clinton Hayes y su sobrina se encerraron en el sótano para hablar.

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—No lo sé.

—Cuando estuve aquí la primera vez, te sorprendí escuchando junto a la puerta de la biblioteca.

—Sí, señor Martin. Es cierto. Escuché antes, pero no pude oír nada en el sótano, y si no lo cree, póngase detrás de la puerta y trate de oír lo que dicen abajo...

—¿Quién más entró en el sótano-museo?

—Nadie más.

—¿Estuviste todo el rato junto a la puerta, en el *hall*?

—No. Cuando el señor Hayes y la señorita fueron al sótano, entré en la cocina.

—¿Cuánto tiempo estuviste en la cocina?

—Unos diez minutos.

—En tal caso, durante esos diez minutos, alguien más pudo entrar en el sótano.

—Sí, ahora que lo pienso, es posible.

—Y también pudo salir en ese intervalo la señorita Hayes.

—Caramba, tampoco lo había pensado. Es cierto.

—Te voy a dar un consejo, Richard. Si sabes algo de este asunto, será mejor que lo escupas antes de que lleguen los polis.

—No sé nada, excepto lo que le dije a usted: que el señor Hayes quería casarse con su sobrina y, como ella no estaba enamorada de él, decidió huir de la casa.

—¿Abriste tú cuando llegó Sarah?

—Sí.

—¿Quién la mandó llamar?

—Nadie. Se presentó por sorpresa.

—¿Qué te dijo ella?

—Se limitó a decir: «Hola, Richard. ¿Dónde está mi tío...?». Y yo le contesté: «Señorita Hayes, su tío está en el museo». Y eso fue todo, porque ella se fue al sótano.

—¿Dónde está el secretario de Clinton Hayes, Norman?

—Salió a la calle.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas. —¿No regresó?

—No.

—Supón que hubiese regresado.

—Es imposible. Habría tenido que llamar a la puerta.

—¿Y si tuviese llave?

—No creo que la tenga, señor Martin.

Lou habló desde el sillón con voz estrepitosa:

—Eh, Duke, ¿de qué estáis hablando?

—De nada que tenga importancia.

—Estoy recordando a las bayaderas.

—Lo celebro.

—Qué maravilla... Había cada una con un cuerpo de campeonato... Demonios, qué chicas... Me gustaría volver por allá. Había una morenita que me guiñó un ojo... Te lo juro, Martin, me guiñó un ojo, y eso quiere decir que yo le gusté a ella.

—Seguro, Lou.

—Eh, Duke, ¿por qué no regresamos allá?

—Esperaremos un poco.

—Tendremos que darnos prisa, no vaya a ser que la morenita que me guiñó el ojo se largue con otro.

—Te será fiel, Lou.

—Estoy convencido de ello.

En ese momento sonó el carillón de la entrada y Richard salió de la biblioteca.

Duke llegó junto a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Lou, debes estar preparado para la sorpresa.

—¿A qué te refieres, Duke?

Martin no necesitó responderle, porque ya se oía la voz de Timothy Flagg, el sargento de la Brigada de Homicidios, que había jurado una docena de veces que algún día pondría a Duke, Martin y a Lou Bates en el camino de la silla eléctrica.

—Hable, Richard.

—Ese hombre que está de pie descubrió el cadáver del señor Clinton Hayes.

Duke Martin se dio la vuelta y sonrió al teniente Hunter y al sargento Flagg.

El teniente estaba muy serio, pero el sargento Flagg hacía extrañas muecas.

—¡Mire quiénes son, teniente! —gritó al fin—. ¡Duke Martin y Lou Bates...! ¡Volieron a encontrar un cadáver, y seguro que esta vez lo liquidaron ellos...!

Lou, que estaba muy mareado por el buen *whisky* que había

ingerido, se sacudió un dedo en la oreja derecha.

—Eh, Duke, bebí tanto que oigo los ladridos del sargento Flagg. Como si el sargento Flagg pudiese estar en una casa decente como ésta.

El aludido sargento Flagg gritó:

—¡Lou, le voy a hacer tragar esas palabras, y juro que no va a escupir el hueso!

Lou se levantó de un salto y pasóse una mano por la cara.

—¡Eh, Duke, dime que estoy viendo visiones!

—No estás viendo visiones, Lou.

—Ya lo suponía —sonrió Lou, pero de pronto reaccionó—. ¿Qué es lo que has dicho, Duke?

—Tus ojos no te engañan. Es el sargento Flagg, en carne y hueso.

—¡Pero yo no sabía que tenía un hermano gemelo...!

Entonces, te engañan tus ojos. Dos sargentos Flagg sería demasiado, incluso para la policía. Lo que pasa es que ves doble.

Flagg soltó una falsa carcajada.

—Mírelos, teniente. Ya están poniendo en práctica su truco... Seguro que se escapan por la ventana.

Lou fue a correr hacia la ventana, pero Martin lo atrapó fácilmente y lo detuvo.

El sargento Flagg ya había sacado el revólver.

—Un paso más y disparo.

Duke exhaló el aire de sus pulmones y dijo:

—Teniente Hunter, ¿quiere decirle al sargento Flagg que yo descubrí el cadáver de Clinton Hayes, que yo avisé al criado para que él llamase a la policía y que yo sigo aquí?

—Silencio —dijo el teniente. Y luego preguntó al criado—: ¿Dónde está el cadáver?

—En el museo del sótano. —Está bien. Vamos todos al sótano.

—Eh, Duke, ¿adónde nos quieren llevar? —murmuró Lou.

—Al matadero.

—¡No quiero ir al matadero!

Flagg lo apuntó con el revólver.

—Eh, tú, elefante. Deja ya de rumiar por lo bajo.

Lou levantó un puño.

—Le voy a cascar el melón, sargento.

Lou fue a echarse sobre el sargento, a pesar del revólver, pero

Martin no le dejó suelto.

—Teniente —habló Duke—, si yo estuviese en su lugar, no permitiría que el sargento insultase a los honrados ciudadanos.

Flagg rió de nuevo.

—¿Qué honrados ciudadanos?

—Sargento —intervino el teniente Hunter—, será mejor que se calle. No quiero jaleos. Estamos en acto de servicio.

Martin empujó a Lou hacia el sótano.

Descendieron la escalera y, al llegar abajo, Lou dio un respingo.

—Eh, Duke, aquí hay demasiada gente... ¿Qué clase de fiesta se celebra? Ya sé. Un baile de disfraces.

Lou se refería a las figuras de cera, algunas de las cuales se cubrían con vestimenta de comienzos de siglo.

—Esos muñecos no tienen vida, Lou —dijo Martin—. Es un museo de figuras de cera.

—¡Cielo santo...! Yo vi una película... Se cometían muchos crímenes... El asesino cogía a chicas guapas y las mataba con un baño de cera... Y el tipo, al final de la película, era golpeado en la cara, que se le resquebrajaba, enseñando una piel de asco.

—¿Como ésa, Lou? —preguntó aviesamente el sargento Flagg, señalando con la pistola el cadáver que había en el suelo.

Lou miró aquella cara y no encontró aire bastante en la habitación para llevarlo a los pulmones.

Martin le golpeó en la espalda.

—Anímate, Lou..., Sólo es un muerto.

Al fin, Lou soltó el aullido que se había estado gestando en su garganta, durante los últimos segundos. Fue un aullido infrahumano, como el de un lobo de las estepas.

—¡Por todos los infiernos, Duke! ¡Es el mismo tipo que vi en la película...! ¡Lo juro...!

—Hay una diferencia. A aquel tipo le rompieron la cara y a éste se la pusieron así hace poco con una ración de ácido.

El sargento Flagg se puso a aplaudir con el revólver y la mano.

—Una magnífica conclusión, señor Martin. Y ahora confiese la verdad.

—¿Qué verdad, sargento?

—¡La de que usted lo mató!

—¿Y por qué habría de matarlo yo?

—Eso también lo debe confesar.

—Son demasiadas cosas para una confesión, ¿no le parece, Flagg?

—Basta ya, sargento —intervino el teniente Clem Hunter.

El fotógrafo estaba tirando placas al muerto.

El sargento Flagg se inclinó para ver de más cerca la cara de Hayes.

—Dios mío —dijo, retirándose—. Me gustaría saber quién fue antes...

—Le aseguro que no era Rock Hudson —dijo Duke.

—Usted y sus macabras bromas... —contestó Flagg, haciendo un gesto de repulsión—. Pero esta vez lo van a pagar.

—¿Cuántas veces ha dicho lo mismo, sargento?

—Muchas, pero nunca con tanta razón como ahora.

—¿Y cuántas veces se equivocó, sargento? Y no diga que ahora nos pilló con las manos en la masa porque tampoco resultaría nuevo.

El teniente Hunter estaba hablando con Richard, el criado.

Lou se había movido sigilosamente hacia una de las plataformas en donde estaban las figuras de cera.

—Eh, usted, Bates, ¿adónde va? —le gritó el sargento Flagg.

—Con un amigo —dijo Lou, y se apoyó en el hombro de Landru.

—¡Déjese de tonterías!

Lou golpeó las mejillas de Landru.

—¿Qué tal, muchacho? Disfrutando de las mujeres, ¿eh?

Lou tenía motivos para decir eso, ya que Landru, aparte de estar preparado para degollar a una bonita rubia, tenía a sus espaldas a otras tres atractivas mujeres, como si esperasen el turno para llegar a manos del barbudo, en otro tiempo, atractivo delincuente.

—Yo, en tu lugar, me haría un buen rapado —continuó Lou, y tiró de la barba de Landru—. Tendrías más éxito con ésta monería.

Palmeó la barbilla de la rubia.

Se quedó con un trozo de cera seca en la mano y continuó palmeando mecánicamente.

—¡Socorro...! ¡Está viva...! —gritó.

—¿Qué le pasa, Lou? —gritó el sargento—. Venga aquí y deje quietos a esos muñecos.

—¡Esta rubia no es una muñeca...! ¡Es de carne...!

—¡No le haga caso, sargento! —dijo Richard—. El señor Bates bebió mucho *whisky*... Ya le advertí que se trataba de un *whisky* especial y que acabaría borracho, pero no me hizo ningún caso.

Lou corrió al lado de Martin.

—Duke, ven conmigo...

—No van a ir a ninguna parte —habló el sargento—. Esto es una sucia treta. Quieren escapar, pero aquí estoy yo para impedirlo.

—El largo brazo de la ley —ironizó Duke.

Lou se volvió hacia el teniente Clem Hunter.

—Señor Hunter, usted no puede creer que yo estoy armando una estratagema para que Duke y yo podamos huir.

—Pero está borracho, Lou.

—Sólo he bebido un poco.

—¿Como cuánto?

—Cuatro copas.

—Cuatro copas de ese *whisky*, según Richard, serían bastantes para tumbar a un hipopótamo.

—Yo no soy un hipopótamo, teniente. Por eso el *whisky* no me ha tumbado. Y le aseguro que esa rubia que está a punto de ser degollada por Landru es un ser humano y no un simple muñeco.

Duke se acercó a la rubia de referencia y le examinó la barbilla, justo en donde Lou le había golpeado.

Chascó la lengua, apoyó la palma de la mano en el brazo de la rubia y la empujó.

El muñeco cayó.

—Eh, ¿qué es lo que hace, Duke? —protestó Flagg.

La rubia cayó en el suelo y se hizo pedazos, pero sólo fue un efecto óptico. Lo que había saltado en pedazos era sólo la cáscara.

Y ante todos apareció el rostro y los brazos, que, indudablemente, eran de un ser humano.

CAPÍTULO VI

Duke Martin se puso en cuclillas y observó la cara de la rubia.

—Teniente, esta mujer ha sido embalsamada y luego la recubrieron con una capa de cera —dijo.

Hunter, muy pálido, fue hacia allí y también examinó la cara de la rubia.

Dio un suspiro y recorrió con la mirada las otras figuras de cera que estaban en los huecos de la pared.

—¿Cuántas más habrá así?

—Le apuesto doble contra sencillo a que nos encontramos con una docena.

—Pero no puede ser.

—Prepárese, teniente, porque va a tener en sus manos el caso del siglo.

—¿Qué sabe de todo esto?

—Según mis noticias, Clinton Hayes era muy aficionado a la escultura, y hace dos años recibió un par de modelos: una chica de Trenton y otra de Philadelphia, que le fueron enviadas por Patrick Furness.

—¿Y cuándo le envió las demás?

—Patrick Furness sólo le mandó las que le acabo de citar pero, naturalmente, Clinton Hayes pudo recibir las demás chicas por otros conductos.

El teniente se pasó una mano por la cara.

—¡Sargento! —exclamó.

Flagg se había quedado tan sin vida como las figuras de cera, y ahora reaccionó.

—A la orden, teniente.

—Hay que echar un vistazo a estas figuras de cera. Llame al laboratorio y que manden más hombres. Pero no se entretenga, y que los demás inicien el trabajo. ¿Me han oído? —Clem Hunter se estaba dirigiendo a los otros policías que lo habían acompañado hasta allí.

Lou apuntó con el dedo al sargento.

—Conque yo no tenía razón, ¿eh...?

—Quíteme su manaza de encima.

El teniente Hunter se acercó al criado.

—Richard, quiero toda la verdad.

—No sé a lo que se refiere, teniente. Estoy asombrado.

—¿Desde cuándo está en la casa?

—Me contrataron hace ocho años.

—¿Qué hay de las chicas que vinieron aquí para servir de modelo?

—Recuerdo a unas cuantas. A media docena, pero yo creí que todas se iban después de posar por la noche.

—Conque posaban por la noche.

—Sí, y también durante la madrugada. Quiero decir que las veía entrar, pero no las veía salir... Yo no podía preguntar al señor Hayes a qué hora había terminado su trabajo. El era un artista.

—Un artista asesino. Un escultor que trabajaba con seres humanos...

Lou hizo chascar los dedos.

—Eh, Duke, ya te lo dije. Como en la película...

—Pues tú no sabes lo más bueno, Lou. Clinton Hayes tenía toda la jeta de Vincent Price.

—Duke, no me irás a decir que todo esto forma parte de un filme, que estamos en Hollywood, que estamos rodando...

—¡Basta! —gritó el sargento—. Este tipo está borracho, y lo voy a encerrar como presunto asesino.

—Un momento, sargento —dijo Duke—. Lou no puede ser el asesino.

—Estupendo. Diga que fue usted.

—Tampoco.

—¿Y por qué no puede ser usted?

—Sargento, nunca ganará la medalla del mérito por sus investigaciones criminales. No tengo nada que ver con Clinton Hayes. Yo nunca viví en esta casa. Ni soy aficionado a la escultura... ¿Cree que si tuviese a mujeres tan bonitas como modelos iba a dedicar mi tiempo a matarlas...?

—No, seguro que no. Si las hubiese cogido por su cuenta...

—¡Sargento! —exclamó el teniente Hunter—. No diga nada de lo que se pueda arrepentir más tarde.

En ese momento, un hombre apareció en la escalera pegando gritos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué es lo que hacen...?

Era el secretario de Clinton Hayes, Norman Gunness.

El criado Richard y el teniente Hunter le informaron de lo ocurrido y Norman fue palideciendo hasta asemejarse a Landru.

—Nunca lo hubiese creído —murmuró, después de conocer la historia.

—Señor Gunness, no nos interesa que lo crea o no —dijo el teniente—. Lo cierto es que aquí se ha cometido una larga cadena de crímenes.

El sargento se unió al grupo e informó:

—Teniente, ya se han encontrado cinco cadáveres embalsamados.

—¿Algún hombre?

—Por ahora, las víctimas son mujeres. Los hombres son pura escultura... Pero hasta ahora, ninguna de las mujeres resultó con relleno de cera, ni de ningún otro material. Debajo de la cera hay carne humana... Le aseguro que son fulanas de bandera. Oh, perdón; quise decir que son grandes bellezas... Las mismas que representan.

—Señor Gunness —dijo el teniente—, imagino que este museo tendrá un carácter privado.

—Absolutamente privado, teniente —contestó el secretario del difunto Clinton Hayes—. Le aseguro que nunca se hizo una exhibición pública. Las figuras de Clinton Hayes eran sólo conocidas por las personas que nos relacionábamos íntimamente con él.

—¿No sospechó la verdad, señor Gunness?

—En absoluto. Esto es una terrible sorpresa para mí.

—¿No vio a alguna de las modelos?

—Jamás, teniente. El señor Hayes trabajaba por la noche; quiero decir que era entonces cuando llegaban las modelos, y, por las referencias que tengo, nadie podía estar al corriente de los trabajos del señor Hayes.

—Sí, hay una persona.

—¿A quién se refiere?

—A Sarah Hayes.

—¿Adónde quiere ir a parar, teniente?

—Usted ya se lo imagina. ¿Verdad, señor Gunness?

—Entiendo. ¿Quiere decir que Sarah asesinó a su tío?

—Me han contado la historia de la huida de Sarah, su regreso a la

casa esta tarde y su conversación con Clinton. Tal como están las cosas, todo parece indicar que la sobrina y el tío discutieron y que ella, en un momento determinado, arrojó el ácido a la cara del señor Hayes.

—Suponiendo que fuese así, Sarah Hayes sólo ha realizado un acto de justicia.

—Nadie se puede tomar la justicia por su mano, señor Gunness, y si Sarah tenía la sospecha de que su tío había cometido esos crímenes, debió avisar a la policía. Pero quizá Sarah no sabía nada y mató a Clinton Hayes volcándole el ácido en la cara porque su tío quería casarse con ella y Sarah no lo amaba... De todas formas, dejaremos de hacer conjeturas hasta que hayamos detenido a Sarah.

Martin había estado escuchando aquella conversación, y ahora intervino:

—Teniente, si no me necesita para nada, me llevo a Lou al hotel.

El sargento saltó como si le hubiesen clavado un aguijón:

—Ninguno de los dos se marchará porque están detenidos.

Lou rugió:

—Usted no me puede detener porque soy un ciudadano que paga sus impuestos y, según la Constitución, tengo derecho a ser protegido por la policía, y no a ser perseguido por ella.

El sargento rió con muy pocas ganas.

—Eh, teniente, aquí tiene a otro tipo que habla como tos de la Mafia...

Martin dijo:

—Señor Hunter, si nos detienen, díganos pronto bajo qué acusación.

—¡Testigos de cargo! —gritó el sargento.

—¿Va a hacer eso, teniente? —preguntó Martin.

El oficial de la Brigada de Homicidios se rascó una patilla, se apretó el puente de la nariz, observó a sus subordinados, que seguían trabajando en las figuras de cera, y, finalmente, dijo:

—No los detendré, Duke.

—Gracias.

El sargento dejó oír su voz herida:

—¡Teniente, va a cometer un error! ¡Estos tipos son los más peligrosos del mundo! ¡Deténgalos y habrá empezado a solucionar el problema...!

—No sabe lo que dice, sargento —contestó el teniente—. Estos

hombres tienen derecho a gozar de la libertad porque hasta ahora no hicieron ningún acto que infrinja la ley.

—Ya lo ha oído, sargento —habló Duke triunfalmente—. De vez en cuando, para variar, en vez de leer novelas del Far West, podía echar una ojeada a las leyes, y así estaría más al corriente de sus obligaciones.

Lou se apretó la cabeza con las manos.

—Duke, por lo que más quieras, sácame de esta jaula de grillos.

—Sí, Lou, vámonos ya.

El teniente dijo imperativamente:

—No quiero que salgan de la ciudad.

—Descuide, teniente. No saldremos.

—¿Dónde estarán si los necesito?

—En el hotel El Descanso del Viajero.

El sargento intervino de nuevo.

—No pueden ir allí.

—¿Por qué no, sargento? —preguntó Duke.

—Alma Rick ha dicho que no les quiere ver en el resto de su vida.

—Muy bien. Iremos a Boston.

El teniente dijo:

—¡Vayan a El Descanso del Viajero!

—Tendrá que telefonear a Alma Rick para que nos admita, sargento.

—No haré eso ni aunque me lo pidan de rodillas.

El teniente ordenó:

—Sargento, dígale a Alma Rick que los admita.

—Seguro que deben el alquiler de dos meses.

—Es igual. Necesitamos controlar a Duke Martin y a Lou Bates, por si los necesitamos. Hable con Alma Rick.

—Sí, señor. Hablaré.

Duke se despidió con una sonrisa y, tomando a Lou por el brazo, subieron la escalera.

Al llegar a la calle, Lou se tambaleó.

—Dios mío, cada vez me encuentro peor.

—Animo, Lou. Enseguida tomaremos un taxi.

Lou continuó quejándose durante el viaje.

Alma Rick, la gorda dueña del hotel El Descanso del Viajero, los recibió con una mirada llena de malignidad.

—Conque ya os metisteis en otro lío... Y esta vez no fue un solo muerto... Los encontrasteis por docenas.

—Es mejor para ti, Alma —contestó Martin—. Así no hay peligro de que los encontremos en tu hotel.

—Óyeme bien esto, Duke. Sólo os admito porque el sargento Flagg me ha obligado a ello.

—El sargento Flagg es un gran amigo nuestro.

—¿Desde cuándo? —dijo Alma Rick, con sarcasmo.

—Ha confiado en nosotros para que le solucionemos el caso.

Alma Rick levantó un brazo como una palmera con dátiles gordos.

—No quiero jaleos en mi casa... ¡Éste es un hotel decente...!

Lou gimió con las manos en la cabeza.

—No grites, Alma. Tus palabras me muerden en los sesos.

—¡Está bien! ¡No gritaré! —vociferó Alma, con toda la fuerza de sus pulmones.

Lou se tambaleó, y habría caído de no ser agarrado a tiempo por Duke.

—Llévame arriba, Duke.

—Sí, ya vamos.

—No os di la llave, pero, claro, debéis tener una llave maestra que os sirve para trampear...

—Nosotros no, hacemos trampa con nada —repuso Duke, con la cabeza bien alta.

Alma arrugó la nariz como si estuviese oliendo a podrido. Atrapó la llave del casillero y la arrojó hacia Duke, que la cogió en el aire.

Llegaron a la habitación y Lou se tendió en la cama.

—Estoy a punto de morirme, Duke.

—¿Quieres hacer testamento?

—Sí. Llama a un abogado...

—No tienes nada que dejar.

Lou abrió los ojos.

—Es cierto, Duke. No tenemos nada... ¿Hay dos seres más desgraciados que nosotros...? —Estaba a punto de echarse a llorar.

—Eh, Lou, uno no es desgraciado porque no tenga nada, sino por la forma en que se conduce en la vida. Nosotros hacemos bien al prójimo, procuramos ayudar a toda persona que necesita ayuda... Sólo en eso consiste la felicidad... Por tanto, tú eres un hombre muy dichoso...

Lou parpadeó.

—Si tú lo dices...

—Lo afirmo rotundamente, Lou. Y ahora, duerme. Necesitas descansar. Cuando despiertes, te encontrarás mucho mejor.

—¿Estarás aquí?

—Claro que estaré. Recuerda: no podemos salir del hotel.

—Sí, Duke. Ya estoy mucho más tranquilo. Eres un gran amigo.

El grandullón cerró los ojos y no tardó en dormirse ni un par de minutos.

Entonces Martin salió de la habitación y bajó la escalera.

—Eh, ¿adónde vas, Duke? —gritó Alma Rick—. No puedes salir del hotel. El sargento me lo advirtió.

—Me quedé sin tabaco —dijo Duke, y, sin agregar una palabra más, salió a la calle.

Duke no fue a comprar tabaco. Subió en un taxi y viajó en él hasta el restaurante de Ruth McCormick.

No se disponía a comer, entre otras cosas, porque si entraba en el restaurante, probablemente encontraría a alguno de los que habían peleado con él y con Lou, y esa persona querría tomarse el desquite. Entró por otra puerta del edificio que correspondía al hotel McCormick, un local muy parecido al de Alma Rick.

Había pequeñas diferencias; por ejemplo, el registro no era atendido por una mujer gorda, sino por un tipo escuchimizado.

Duke le arrojó un billete de a dólar sobre el tablero mientras decía:

—Traigo un mensaje urgente para Ann Marlowe.

—Déjelo y yo se lo daré.

—He de darlo personalmente —dijo Duke, y puso otro billete sobre el anterior.

—Habitación quince.

Duke subió las escaleras y llamó en la habitación número quince.

—¿Quién es? —Oyó una voz femenina.

—Carta para usted —contestó Duke con otra voz.

—Pásela por debajo de la puerta.

—Se la envía Norman Gunness, señorita Marlowe, y me dijo que esperase respuesta.

Se abrió la puerta y en el marco apareció Sarah Hayes.

Al ver a Duke, fue a cerrar de golpe, pero Martin empujó la puerta y se coló dentro.

—¡Eh, usted, le dije que me dejase en paz!
Duke cerró la puerta.
—¡Salga de aquí inmediatamente! —ordenó la joven.
—Lo siento, pero tengo que hablar con usted, Sarah.
—¡Yo no quiero hablar con usted!
—Es acerca de su tío.
—Ya le advertí que no le serviría de nada. No pienso volver con mi tío.
—Se arreglaron las cosas, Sarah.
—¿Qué quiere decir?
—Que ya no necesitará casarse con Clinton.
—No lo creo.
—¿Y por qué no está dispuesta a creerme?
—Porque tío Clinton está obsesionado, tiene una idea en la cabeza.
—Ya le sacaron la idea.
—No le entiendo.
—Lo mataron.
—¿Qué?
—Lo asesinaron.
—¡Oh, no!
—Le arrojaron una ración de ácido en la cara y lo convirtieron en un despojo.
Sarah retrocedió, los ojos agrandados.
De pronto, Duke se puso a aplaudir.
—¡Bravo, Sarah! Representa muy bien, pero no piense que va a ganar el Oscar de Hollywood.
—¿De qué está hablando?
—Usted es la última persona que lo vio vivo, y en un momento de desesperación, fue quien le volcó en la cara la botella de ácido.
En ese momento se abrió la puerta del fondo y Duke vio aparecer al musculoso mozo llamado Rock Nelson, el cual dijo:
—Lo voy a hacer pedazos, Martin, y esta vez no tendrá a su amigo el elefante para defenderlo.

CAPÍTULO VII

Duke retrocedió hacia la pared, mientras decía:

—Cuidado, Rock, se está equivocando.

Nelson rió enseñando su dentadura de dientes blancos y parejos, unos dientes que para sí los hubiese querido cualquier afamado galán de cine.

—¿Ya está pidiendo socorro, Duke?

—Sólo he venido a investigar.

—Ha venido a que yo le rompa un hueso.

—Cuidado, Nelson, se puede hacer daño.

—Veámoslo —dijo Rock, y le tiró un directo a la cara.

Duke se agachó con rapidez y Rock estrelló el puño centra la pared. El buen mozo se echó atrás, soltando un gemido de dolor.

—Ya se lo dije, Rock. Se haría daño —dijo Duke, sentencioso.

—Maldita sea; ya no voy a tener compasión con usted, Duke...

Echó a correr con la velocidad de un satélite disparado desde Cabo Kennedy.

Esta vez Martin no lo esperó; saltó a su encuentro. Como lo hizo en horizontal, golpeó contra los muslos de Nelson, y estuvo a punto de partirlo en dos.

Rodaron por el suelo, y Rock Nelson, lanzando aullidos de dolor.

Duke se puso en pie, y estaba la mar de tranquilo.

Nelson se retorció en un rincón.

—¡Me ha dejado inútil para mi trabajo...! —gimió.

—Te pasará en unos días; cuando te hayan dado una capa de linimento.

Sarah Hayes contemplaba la escena con los ojos muy abiertos, incrédula.

De pronto, echó a correr hacia la cama, donde había un bolso.

Duke corrió más y atrapó el bolso desde el otro lado. Lo abrió y encontró dentro una pistola.

—Ya entiendo, Sarah. Después de matar a tu tío, no te importa matar a otra persona.

—Sólo quería amenazarlo para que me dejase en paz, señor Martin.

Duke dio un suspiro.

—Bueno, Sarah. Ya todo terminó... Ahora te entregaré a la policía.

—¿Cómo?

—Es mi deber como ciudadano, y además, prometí mi ayuda a los de la Brigada de Homicidios.

—Yo no maté a mi tío, suponiendo que sea verdad que fue asesinado.

—Claro, ¿qué vas a decir...?

—Le juro que soy inocente, señor Martin.

—Ch, sí, claro. Tú fuiste esta tarde a ver a tu tío para decirle que consentías en ser su esposa.

—No fui a eso... Sólo quería suplicarle que me dejase en paz. Que estaba dispuesta a hacer una transacción con él respecto a mi fortuna.

—¿Qué transacción?

—Sólo quería la mitad.

—Conque ahora querías, la mitad... Dijiste que no querías nada.

—Pensé que era una estupidez por mi parte renunciar a todo lo que me pertenecía... Estoy enamorada, señor Martin. Me voy a casar con Rock Nelson.

—Y él te convenció de que la felicidad con dinero es mayor felicidad.

—¡Bastardo! —gritó Nelson desde el suelo—. A callar, Rock, o tendrás necesidad de todo el linimento que se haya fabricado durante la semana.

Sarah se dejó caer al borde de la cama y sollozó.

—Cuéntame esa entrevista, Sarah —dijo Duke.

—Fue muy rápida.

—Empieza por el principio... ¿Quién te abrió la puerta, pues?

—Richard.

—¿Dónde estaba tu tío?

—Richard me dijo que estaba en el museo del sótano. —¿Te acompañó Richard?

—No, el criado se quedó en la puerta.

—¿Qué es lo que pasó allí dentro?

—No pasó nada.

—Entiendo, Clinton ya estaba muerto.

—No estaba vivo ni muerto. Quiero decir que no lo vi

perfectamente...

—No me puedes hacer creer eso.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo encontré muerto, y, por tanto, estaba allí.

—Estaría cuando tú entraste, Martin —lo tuteó Sarah—. Pero no cuando entré yo.

—¿Llegaste hasta el fondo, donde está el horno de cera?

—Claro que llegué, y llamé a tío Clinton varias veces, pero no había nadie.

—¿Qué hiciste entonces?

—¿Qué tenía que hacer? Salir del sótano.

—¿Estaba allí Richard?

—No.

—¿Me quieres decir que saliste de la casa?

—Fui a la habitación de mi tío.

—¿Dónde está?

—Arriba. Golpeé en la puerta, pero no me contestó. Finalmente entré.

—¿Lo viste?

—No. Entonces bajé la escalera y fui a la biblioteca, pero tampoco encontré a mi tío. Entonces me decidí a escribir.

—¿Escribir?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Una carta a mi tío.

—¿Qué le decías?

—Que estaba enamorada de Rock Nelson y que estaba dispuesta a casarme con él y que me conformaría con recibir la mitad de mi fortuna. Por último, le invitaba a que me diese su respuesta llamándome por teléfono a este hotel y preguntando por Ann Marlowe.

—Yo estuve en la biblioteca y no vi ninguna carta.

—Entonces la debió coger mi tío, y si no fue él, la cogió otra persona.

Rock Nelson ya se había puesto en pie.

—¿Cuál es su interés en todo este asunto, Martin...? —rezongó.

—Sólo quiero descubrir al asesino.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y el sargento Flagg

gritó:

—¡Gracias por su colaboración, Martin! ¡Ya tenemos a la asesina!

Tras el sargento apareció el teniente Hunter, el cual dijo:

—Sabía que nos traerías al lugar en donde se encontrase Sarah Hayes, Duke.

Por eso me dejó ir con Lou, ¿eh?

—Todo consistía en seguirlo.

—Es muy listo, teniente. Lo felicito.

Rock Nelson gritó:

—¿Lo has oído, Sarah? ¡Te han atrapado por culpa de Duke Martin...!

—Deje de decir tonterías, Rock —contestó Duke—. ¿Es que no ha oído a los «polis»? Los traje sin darme cuenta...

La cara del sargento Flagg estaba ensanchada por una sonrisa de triunfo.

—Señorita Hayes, todo cuanto diga se le tendrá en cuenta.

—Sargento, sigue siendo usted un mal policía —dijo Martin.

—A callar, Duke, o lo detenemos también a usted, y esta vez hay cargo suficiente. Estaba ayudando al criminal.

—¿Qué criminal?

El sargento rió:

—Eh, teniente, ¿ha oído eso? Aquí veo a Sarah Hayes, ¿o se trata de un espejismo?

—Cállese ya, sargento —ordenó Hunter.

Duke habló con rapidez.

—Teniente, esta chica no lo hizo.

—¿Cómo lo sabe, Martin? ¿Quizá porque ella se lo dijo?

—Sí, es cierto. Ella me lo dijo. Pero, casualmente, es la verdad. Sarah no vio a su tío.

—Pero estuvo en la casa. Y ya escuchamos el resto desde el corredor... Señorita Hayes, tendrá que acompañarnos a la comisaría... Seguiremos hablando allí.

—¡Ella no mató a nadie! —gritó Rock Nelson.

—Usted también vendrá con nosotros, y tendrá oportunidad de declarar en favor de la señorita Hayes.

El sargento sacó unas esposas y se dirigió a Martin.

—Y a usted también nos lo llevamos.

—¡A mí! ¿Por qué?

—No, sargento —intervino el teniente—. Martin queda libre. No tenemos nada contra él. Sólo haría que embrollar. ¿Todavía no ha adquirido experiencia con respecto a él, sargento?

—Gracias, teniente —dijo Martin.

El sargento Flagg gritó:

—¡Pero Martin no se conformará con que hayamos detenido a Sarah Hayes...! Seguro que seguirá enredando. Para él, ella no es la asesina... ¿No lo ha oído? Y apuesto a que nos saca de la manga a un personaje que no conocemos... ¡Será un lío, teniente! ¡Se lo digo yo!

—Sargento, a veces me pregunto si no estaría mejor dirigiendo el tráfico.

Duke hizo un saludo con la mano, encaminándose hacia la puerta.

—Hasta pronto, sargento.

El teniente lo acompañó hasta el corredor.

—Martin, esta vez todo está tan claro como el agua. La chica lo hizo.

—Ella dice que no.

—¿Qué va a decir ella...? Pero no tiene que preocuparse. El jurado será benévolo. Hasta admito que un buen abogado la saque en libertad... Su tío era un sádico asesino. Y ella lo mató cuando él se disponía a convertirla también en una de esas figuras de cera.

—No está mal.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—No, no estamos de acuerdo, teniente. No podemos estarlo. Suponga por un momento que Sarah Hayes no lo hizo. ¿Cree que está bien que el asesino ande suelto?

Antes de que el teniente pudiera responder, Martin inició el descenso de la escalera.

CAPÍTULO VIII

Duke Martin apretó el timbre que tenía delante.

Le abrió la puerta una pelirroja de escalofriante hermosura.

Debía estar por los veinticinco o veintiséis años de edad, y era esbelta, de rostro sensitivo, mejillas ligeramente hundidas y labios rojos. Se cubría con un batín de mucha pluma.

Todo su aire era una pura satisfacción, desde las pestañas, postizas, hasta la larga boquilla que sostenía con la mano derecha y en la que humeaba un cigarrillo.

—Hola, preciosa —dijo Duke, entrando en la habitación.

La joven pestañeó.

—¿Es usted fontanero?

—¿Tengo yo aspecto de eso?

Ella lo miró de pies a cabeza y dijo:

—La verdad es que puede ser de todo, menos un ejecutivo de la General Motors.

—Qué lástima que no sea un ejecutivo de la General Motors, ¿verdad?

Ella dio un suspiro, como lamentándose también, y enseguida dijo:

—¿Quiere decirme quién es, o tendré que rogarle que salga de mi apartamento?

—Yo soy Duke Martin y tú eres Ingrid Simmons, una sueca con gotas americanas.

—¿Quién te habló de mí?

—Hice una llamada a la casa de Clinton Hayes, y hablé con un criado llamado Richard. Le dije que quería hablar con Norman Gunness con urgencia. El me dijo que Gunness no estaba allí. Entonces le pedí su dirección y el criado me dio ésta.

—Entiendo —dijo Ingrid, pero no cerró la puerta.

—¿Dónde está Norman?

—Tendrás que marcharte, Duke, porque él no está.

—¿Y adonde fue?

—No me lo dijo.

—Bueno, entonces, esperaré.

—Norman me advirtió que quizá no viniese hoy.

—¿Por qué no?

—¿Es que no lo sabes? Mataron a su patrón.

—Sí, ya lo sé. Pero a Norman no lo detuvieron.

—Quizá se impresionó mucho.

Duke la miró de pies a cabeza, diciendo:

—Si se impresionó mucho, debió venir aquí para relajarse un poco.

Ingrid cerró la puerta y sonrió, halagada por las últimas palabras de Martin.

—¿Cuál es tu interés por Norman, Duke?

Se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

Aquellas piernas tenían mucho que ver y Duke sintió que se le reseca la garganta. Demonios, aquel pillastre de Norman sabía cuidarse.

—Quiero obligarle a que se entregue a la policía.

—¿Por qué?

—No se puede asesinar impunemente, cariño.

La joven pestañeó otra vez y se echó a reír.

—Es muy divertido, Duke...

—¿Y por qué lo encuentras divertido?

—No me puedo imaginar a Norman como un asesino.

—Los asesinos no tienen una forma especial de ser. El hombre más bondadoso puede llegar a matar en un momento determinado. Sólo falta que alguien le pulse la tecla adecuada.

—No lo decía por eso...

—Así que admites que Norman puede matar.

—Claro, como cualquier otro. Estoy de acuerdo contigo en eso, Duke. Pasé mucho en la vida.

—No me digas.

—Aquí donde me ves, con tanta pluma y un apartamento de lujo, nací en una choza en donde se criaban cerdos.

—Pobrecilla.

—Me pasé doce años de mi vida con los puercos. ¿Te gustan los puercos, Duke?

—Sólo en el plato.

Ingrid lanzó una jovial carcajada.

—Dime, Ingrid, ¿cuándo conociste a Norman Gunness?

—Hace cosa de seis meses.

—¿Dónde?

—En un *music-hall*.

—Imagino que no serías su vecina de butaca.

Ingrid rió otra vez con estridencia.

—¿Sabes que eres un tipo de mi cuerda, Duke? Tus chistes son muy buenos.

—Resulta confortador oírtelo decir. Hay personas a quienes no gustan mis ocurrencias.

—Deben ser unos tontos.

—Son los policías.

—Qué tíos, ¿eh? Si yo te contase lo que hizo conmigo un inspector de la Brigada contra el Vicio...

Duke tosió.

—Será mejor que me lo cuentes en otra oportunidad. Prefiero que me hables de Norman; ya sabes, lo de tu amistad con él.

—Oh, sí. Yo estaba arriba y él estaba abajo... ¿No has estado nunca en el *music-hall* Emporium de Charles Evans?

—Charles Evans, ¿eh? Lo he conocido, pero nunca estuve en su *music-hall*...

—Yo formaba parte de las «Veinte Alegres Chicas de Evans»...

—¿En el circo?

—Oh, no. El Emporium no forma parte del circo. Es un pequeño teatro de Brooklyn... Como te iba diciendo, yo era una de las veinte *girls* que hacen catorce, números y que tienen que estar cerca de dos horas en el escenario a cambio de unos pocos dólares... Pero, eso sí, no te faltan palmadas en la pechuga de tipos que dicen que van a poner tu nombre en Radio City, o que vas a ocupar la página central del *Playboy*... Ya sabes, que saldrás fotografiada como viniste al mundo, y que con eso vas a ocupar la vacante de Marilyn Monroe... En ese teatro estaba yo cuando apareció en mi vida Norman Gunness.

—Imagino que él no te ofrecería la página central del *Playboy*...

—No, ni tampoco me aseguró que pondría mi nombre en los luminosos de Radio City. Pero yo estaba harta de pasar apuros, de visitar agentes artísticos y de enténdermelas con los de la Brigada del Vicio. De modo que decidí tomarme unas vacaciones.

—¿Con Norman?

—Sí, tiene dinero, educación y sabe tratar a una mujer. ¿Qué más

podía pedirsele?

—Pero él es casado, según me dijo Richard.

—Sí, me ha estado dando la lata con eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que está dispuesto a divorciarse de su mujer, pero yo le digo: «Hombre, ¿por qué casarte otra vez cuando ya estás casado? Además, tu mujer te quiere, Norman, tú me lo has dicho muchas veces, y tienes dos hijos. No está bien que los plantes así como así...». Sí, Duke, es lo que yo le digo, pero a él le entra por una oreja y le sale por la otra... Perdón; quise decir que le entra por un oído y le sale por el otro... ¿Sabes una cosa? Norman quiere que me haga fina, y yo hago todo lo posible; pera de vez en cuando se nota lo de los puercos, ¿verdad?

—Yo no noto nada. Eres una chica estupenda.

—¿De veras lo crees?

—Seguro. Puedes ir a cualquier parte.

—¿A la ONU?

—Bueno, según para lo que vayas a la ONU.

—Es que yo quisiera ir a la ONU para hablar en favor de los negros. ¡Madre mía, qué vida más perra llevan! ¿Te has fijado en los negros?

—Sí, me he fijado alguna vez.

—Yo aprovecharía el discurso para hablar también del Vietnam.

—¿De veras?

—No me gustan nada las guerras, y lo del Vietnam me huele mal, ¿sabes? Si a mí me dejasen ir a Washington, le diría a Lindon: «Oye, Lindon, deja ya de hacer el bruto, porque con tanta bomba de fósforo no vas a dejar un vietnamita para la recría».

Duke se echó a reír.

—Si de mí dependiese, hablarías con L.

B. Johnson,

te lo aseguro. Pero te has vuelto a apartar de Norman Gunness.

—Oh, sí... Como te iba diciendo, Norman sigue emperrado en divorciarse. Por eso tendré que tomar el portante y largarme antes de que haga una cosa de la que se tenga que arrepentir luego.

—Un momento, Ingrid. Apuesto a que él te ha hablado de que os marchéis juntos.

—Sí, claro.

—¿Adónde ibais a ir juntos?

—El ha hablado del Brasil. Dice que es un país maravilloso.

—¿Cuándo os teníais que ir?

—La semana próxima, pero no fijó la fecha.

—¿Y cuándo tenía que pedir el divorcio?

—Lo tramitaría desde allí.

En ese momento se abrió la puerta y entró Norman Gunness.

Se detuvo al ver a Duke Martin. Desvió los ojos hacia Ingrid y dijo:

—¿Por qué has dejado entrar a este hijo de perra, Ingrid?

CAPÍTULO IX

—¡Norman! —exclamó Ingrid—. No se debe decir hijo de perra. Tú me lo has repetido un montón de veces. Hay que ser finos. La cara de Norman estaba roja. Traía un maletín en la mano derecha.

Cerró la puerta y se dirigió a Duke.

—¿Qué hace aquí, señor Martin?

—Investigo.

—¿Qué es lo que investiga?

—A usted.

—¿Por qué?

—Porque me resultó sospechoso.

—No sé qué se propone, pero se equivoca.

—¿Por qué cree que me equivoco?

—Es la mar de sencillo... Los policías han capturado ya a Sarah Hayes. Ella asesinó a Clinton Hayes.

—Eso lo dice usted, Norman.

—Eso lo dice la policía.

—Es posible que también lo digan los policías, pero lo importante es que ella no ha confesado.

—¿Qué importancia tiene eso, teniendo en cuenta las pruebas?

—¿Qué pruebas, Norman?

—Nena, prepárame un *whisky*.

—Enseguida, corazoncito...

—No me llames corazoncito.

—Como tú quieras, ogro.

Norman fue a contestar también contra aquel calificativo, pero desistió al ver que Ingrid se alejaba hacia el bar.

La joven volvió la cabeza desde allí y preguntó gentilmente:

—¿Qué vas a tomar, Duke?

—No invité al señor Martin, Ingrid —protestó Norman.

—Pero, Norman, tú me has dicho un montón de veces que debo atender bien a tus amigos.

—Martin no es mi amigo.

—Pero también me has dicho que se debe ser respetuoso con la persona que se odia, y si odias a Duke Martin, debes ser respetuoso con él.

Gunness cerró los ojos.

—¡Dale *whisky*! ¡Dale veneno...! ¡Dale lo que quieras...!

—¿Qué prefieres, Duke?

—*Whisky*; pero, si puede ser, sustituye el veneno por el hielo.

La joven lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —gritó Norman.

—De lo que dijo Duke. Fue un buen chiste. ¿No lo crees tú así?

—Fue horrendo.

—Discúlpelo, Duke. Norman sólo se ríe de los chistes que le cuenta cierto tipo de Wall Street. Pero yo tardo en comprenderlos y, cuando lo consigo, no me hacen ninguna gracia.

—¡Ingrid! —gritó Norman.

—¿Sí, ogro?

—¡Cierra el pico...! ¡Ya sé, ya sé que está mal dicho, pero, ciérralo...!

—Como tú quieras.

Norman Gunness dejó el maletín en el suelo.

—¿Dónde estábamos, señor Martin?

—Me iba a contar la forma en que asesinó a Clinton Hayes.

—¿Eh?

—Su confesión, Norman.

Ahora Gunness rió también, y lo hizo doblándose hacia delante, como si se partiese.

—Eso sí que fue gracioso, Martin.

—Me alegro mucho.

Ingrid vino con los dos vasos y, al ver que Norman se estaba riendo, también se rió.

—¿De qué te ríes, Ingrid? —Gruñó Norman, quedándose muy serio de pronto.

—De que al fin te hizo gracia Duke.

—¡No me hizo ninguna gracia! ¡Dijo que yo era un asesino!

—¿Y no lo eres, Norman?

Gunness cerró los puños con fuerza.

—Ingrid, me pregunto a veces qué cantidad de sesos tienes en la cabeza.

—Cariño, dijiste que mis sesos eran deliciosos. Recuerda que te advertí que no lo volvieses a repetir porque tenía la impresión de que te los comías.

Norman le quitó un vaso de un manotazo y parte del licor se derramó, manchando la cara y lujosa alfombra.

Ingrid alargó el otro vaso a Duke.

—Gracias, Ingrid —dijo Martin.

Norman bebió un largo trago y, después de chascar la lengua, dijo:

—¿Puedo preguntarle cuál es su interés en todo este asunto?

—Soy un empleado de Patrick Furness.

—Patrick Furness lo contrató para buscar a Sarah Hayes.

—Así es.

—Sarah Hayes ya fue encontrada... ¿No cree que debe dar por terminada su gestión?

—Soy un tipo muy interesado en él crimen.

—Sí, eso fue lo que me dijo Patrick Furness.

—De modo que habló con Patrick Furness. ¿Por qué, señor Gunness?

—Cuando usted empezó a enredar, quise saber con qué clase de tipo me las tenía que ver. Soy el secretario del difunto señor Hayes, y he de ocuparme de muchas cosas de su herencia.

—¿Quién es su heredera, señor Gunness?

—Desde luego, Sarah Hayes.

—¿Y qué pasará con la fortuna si un jurado declarase culpable a Sarah Hayes del asesinato de su tío Clinton Hayes?

—Usted lo debe saber perfectamente, aunque no sea abogado, señor Martin. Sarah Hayes no cobrará un solo dólar.

—¿Y adónde irá a parar el dinero?

—A ciertas fundaciones.

—¿Bajo su fiscalización?

—Sí, soy uno de los albaceas. El otro es un abogado amigo del difunto Clinton Hayes: Gregory Heald.

—Naturalmente, usted tendría que actuar como albacea desde Brasil.

Norman volvió la cabeza hacia Ingrid.

—¿Qué le has estado diciendo?

—No le eche la culpa, señor Gunness —dijo Duke—. Yo la sonsaqué.

—Si se dejó sonsacar es una estúpida.

—Cuidado, Norman —dijo Martin—. No consiento que se insulte a una mujer en mi presencia.

Gunness señaló la puerta.

—Ya terminé de hablar con usted, Martin. Contesté a todas las preguntas.

—Pero no me ha contestado a la más importante. ¿Cuándo se va a entregar a la policía?

—No tengo ganas de carcajearme ahora; de modo que, si no le molesta, esperaré a que se haya marchado para reírle esa cosa tan ingeniosa.

Duke bebió un trago de *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa ratona que tenía delante. Luego se levantó abrochándose la chaqueta.

—Norman —dijo—, si ha pensado que su crimen va a quedar impune, se equivoca.

—Oiga, Duke, ya me está cansando con sus acusaciones... ¡Márchese de una vez y no vuelva...!

—No voy a descansar hasta verlo entre rejas, Norman.

—Pierde su tiempo.

—Es mío y dispongo de mucho... Hasta pronto, Ingrid.

—Dígale hasta nunca —rezongó Norman.

—Dije hasta pronto.

Duke se dirigió hacia la puerta y la joven se dispuso a acompañarle, pero Norman la detuvo tomándola por el brazo.

—Sabe la salida.

—Pero tú dijiste...

—¡No importa lo que yo dijese!

—Como tú quieras, ogro. Oh, quiero decir corazoncito... Maldita sea, ya no sé qué decir...

—No digas nada y será lo mejor.

Duke dirigió una sonrisa a Ingrid y salió del apartamento.

En la calle tomó un taxi y se hizo llevar a la residencia de la Quinta Avenida.

Ya había anochecido.

Richard lo recibió con la cara muy estirada.

—¿Otra vez usted?

—¿Cuántos cadáveres encontraron, Richard?

—Trece.

—Mal número.

—Sí, sobre todo para ellas.

—Hablando de otra cosa, Richard, ¿dónde está la carta?

—¿Qué carta?

—La que tú cogiste de la biblioteca.

—Yo no cogí ninguna carta.

—Entonces, quizá el aire la hizo caer de la mesa y fue a parar al suelo.

Duke echó a andar con rapidez hacia el salón-biblioteca, y Richard corrió detrás de él.

—Eh, no puede entrar ahí.

Sin embargo, Martin entró.

Encontróse con que en la biblioteca se celebraba una reunión compuesta por dos mujeres y dos hombres, que tenían el aspecto de pertenecer a la servidumbre de la casa.

—¿Quiénes son, Richard?

El criado había llegado por detrás y tosió.

—Celebramos una conferencia, señor Martin. Nuestro patrón ha sido asesinado y tenemos que dejar la casa.

—¿Quizá el señor Hayes os olvidó en su testamento?

—No, de ninguna forma. El señor Hayes nos leyó su testamento hace cosa de dos meses.

—¿Qué os dejó?

—A Marión, la cocinera, veinticinco mil dólares.

Cada uno de los presentes tenía una copa de champaña en la mano y algunos fumaban.

Marión, la aludida, sonrió. Tenía el cabello blanco y frisaba en los cincuenta años.

—Continúa, Richard —dijo Duke.

—Janet, la doncella, recibirá otros veinticinco mil.

Janet estaba de muy buen ver, a pesar de que había cumplido ya los treinta y cinco años. Era esbelta, de labios carnosos y ojos muy azules.

—Mis compañeros son Neill Clover y Víctor Morris.

Neill Clover era bajo y regordete y sonrió con untuosidad.

—Me iré a la Riviera francesa con los cincuenta mil dólares.

—Y yo viajaré a California —dijo Víctor Morris, un pelirrojo, de nariz pecosa—. Los cincuenta mil dólares me permitirán comprar

una granja. Es lo que siempre he soñado.

—Les felicito a todos —dijo Duke—. Han hecho un gran negocio asesinando a Clinton Hayes.

A Víctor Morris se le cayó el cigarro.

—Cuidado, amigo, va a quemar la alfombra —le advirtió Duke.

La cocinera Marión apuró el champaña de su copa y dijo:

—Quiero más.

—Anda, Richard, llénale la copa y hagan el brindis sin tener en cuenta mi presencia —repuso Martin—. Después de todo, llegaremos a un acuerdo.

—¿Qué quiere decir, señor Martin? —inquirió Richard.

No hizo falta que Duke contestase, porque en su lugar lo hizo la mujer de labios carnosos y ojos azules, a doncella llamada Janet.

—Está la mar de claro, Richard. Ha llegado un chantajista.

—Señor Martin, espero que no esté hablando en serio.

Duke se dirigió hacia la mesa en donde había una botella de champaña y dos copas libres. Escanció en una de ellas y dijo:

—Guardaré silencio si me pagan cinco mil dólares por cabeza...

—¡Y un cuerno! —gritó Janet.

—Nena, está muy feo que digas eso.

Janet se levantó, mostrando la pureza de sus líneas.

—Cariño —le dijo Duke—, aún no comprendo cómo no fuiste a parar al museo.

—¿Eh?

—Ya sabes. Tu patrón liquidaba a mujeres hermosas, y tú estás mucho mejor que alguna de las que vi abajo.

—No creas que fue por falta de ganas.

—De modo que lo intentó...

—Una vez que le falló una modelo, me invitó a bajar.

—Y tú te negaste.

—Una no es una niña... Estuve con él un rato y me las supe arreglar para que se quedase dormido, aunque nunca pude imaginar hasta ahora que si hubiese permanecido despierto me habría hecho ocupar uno de los huecos de su museo del horror...

—Bueno, eso significa que sabes cómo tratar a un hombre.

Ella puso los brazos en jarras y le sonrió desafiante.

—Sé hacer un favor, pero de dinero, nada. ¿Lo oyes? No pienses que te vamos a soltar un solo centavo. De modo que ahueca el ala

por donde viniste.

—¿Qué pasa si voy a la policía?

—Puedes ir a la policía o al Tribunal Supremo, si té parece... Nosotros no matamos a Clinton Hayes.

—¿No formasteis una sociedad de asesinos para cargaros a Clinton Hayes para heredarle?

—Señor Martin —intervino Richard—, ¿cómo puede imaginar semejante tontería? Nosotros no podíamos hacer una barbaridad como ésa.

—Naturalmente, no lo podíais hacer hasta que estuviéseis seguros de que podíais cargar la culpa a una persona fuera de vuestra sociedad. Y esa oportunidad se os presentó con la huida de Sarah. Vosotros estabais esperando que llegase. Tú le abriste la puerta, Richard, y todo salió mucho mejor de lo que habíais planeado, puesto que Sarah no encontró a su tío y se marchó.

—Ha llegado ya a la contradicción. ¿Cómo podíamos matar a Clinton Hayes si él no estaba en la casa?

—No seas ingenuo, Richard. La explicación es muy fácil.

—Oigámosla.

—Cuando Sarah llegó a la casa, Clinton Hayes estaba ausente. Había salido por cualquier cosa, y tú tenías mejor motivo para saberlo que nadie. Pero necesitabas que Sarah se diese una vuelta por él museo. Por ello le dijiste que encontraría a su tío allí... Cuando Sarah se parchó, sólo tuviste que esperar a que llegase Clinton Layes.

—Y le arrojé el ácido en el vestíbulo.

—No, porque no quedó ninguna huella. Quizá le dijiste que Sarah había llegado y que lo esperaba en el museo... Era una buena forma de conseguir que se fuese rápidamente al sótano. Tú fuiste detrás, o quizá alguien te ayudó, y ya estaba esperando a Clinton Hayes escondido en el fondo del taller...

—Señor Martin, todo lo que dice es muy ingenioso.

—Me halagas mucho.

—Pero tiene un defecto. Que no es verdad.

—¿Qué vas a decir tú?

—No lo digo yo; lo dicen todos.

—Sois miembros asociados de una firma criminal.

—Pruebe su hipótesis, señor Martin. Ande, pruébela ante la

policía... Apuesto a que si les cuenta esa historia, te dan el primer premio de folletín.

En ese momento sonó el teléfono.

La persona que estaba más cerca era Janet, y atrapó el auricular.

—¿Sí? —Escuchó unos instantes y finalmente anunció—: Para usted, señor Martin.

Duke se acercó adonde estaba Janet y tomó el auricular.

—¿Quién llama?

—¿Señor Martin? —Era una voz de mujer.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Una amiga.

—¿Y cómo se llama esa amiga?

—Soy Mima Hans. Tengo las pruebas que necesita.

—¿Las pruebas?

—Para que capture al asesino.

—¿Cómo sabe que estoy buscando a un asesino?

—Vamos, señor Martin, no sea ingenuo. ¿O es que prefiere usted que pasemos el rato jugando a pregunta y respuestas?

—Está bien. Hable.

—Sé quién mató a Clinton Hayes.

—Yo también lo sé. Es una de las personas que están aquí en este momento.

—¿Está Norman Gunness?

—No.

—Entonces no tiene al asesino, porque fue Gunness.

—Convénzame.

—Venga al número 1080 de la calle 197, apartamento 18, en el Bronx, y quedará absolutamente convencido.

—¿Qué persigue con esto, señorita Hans?

—Ya lo sabrá. Dispone de una hora... Hasta pronto señor Martin.

—¡Espere!

Sin embargo, su interlocutor no esperó un segundo más, porque interrumpió la comunicación.

Duke dejó el auricular en la horquilla y se quedó pensativo.

—¿Alguna mala noticia? —preguntó la atractiva Jane.

—Quizá sea buena para ustedes. Pero suponiendo que me engañen, volveremos a vernos.

Duke echó a andar hacia la salida.

Richard fue tras él y, al llegar al vestíbulo, tomó Duke del brazo.

—Señor Martin, ¿vale de algo un juramento?

—Se supone que ante un tribunal vale mucho.

El criado levantó la barbilla.

—Entonces, supongamos que estamos ante un tribunal. —Hizo una pausa—. Juro que ninguno de nosotros cenemos nada que ver con la muerte de Clinton Hayes... Nuestro patrón ha podido ser un asesino, pero con nosotros se portó bien. No tenemos ningún motivo de queja. Usted sabe que esas cosas pasan. Un hombre puede ser un sádico y matar a personas inocentes, pero se comporta bien con su familia y con las personas que lo, rodean. El señor Hayes nos trataba con delicadeza. Todos nosotros llevábamos muchos años con él, y yo ocupé el lugar de Oscar Ciernan, que murió de viejo... No, señor Martin, nosotros no podíamos matar a un hombre como Clinton Hayes. Sentimos mucho que él fuese un asesino y también nos alegramos de que haya muerto así, y que no sea la ley la que se ocupe de él... Teniendo en cuenta eso, las cosas han ocurrido de la mejor forma para nosotros; mejor que si las hubiésemos soñado. Nuestro patrón recibió su merecido y ahora; nosotros heredamos nuestra parte. Es posible que usted encuentre cínica mi actitud, pero somos humanos, señor Martin.

Duke salió de la casa sin hacer ningún comentario.

Poco después viajaba hacia el número 1080 de la calle 197, en el Bronx, donde vivía Mima Hans, la extraña mujer que le aportaría las pruebas de la culpabilidad de Norman Gunness.

CAPÍTULO X

Duke Martin pulsó el timbre del apartamento 18.

Esperó unos segundos y la puerta le fue abierta por una mujer preciosa, morena, de piel bronceada, ojos grandes, rasgados, que brillaban como el terciopelo negro.

—¿Señorita Hans?

—Sí. ¿Duke Martin?

—El mismo.

—Entre.

Martin pasó a un *living* donde había un mobiliario a tono con la muchacha: nuevo, recién adquirido.

—Estaba bebiendo *whisky*, señor Martin —dijo ella, después de haber cerrado—. ¿Quiere?

—Bueno. Nunca viene mal un trago.

La botella de *whisky* estaba en la mesita, en una bandeja. Un vaso tenía dos dedos de licor y otro estaba vacío. Mima Hans escanció en éste y se lo ofreció a Duke Martin, el cual se había sentado en un sillón, frente al sofá.

—Ella ocupó éste.

—Dígame, Mirna. ¿Qué relación le une con Norman Gunness?

—Soy su amiga.

—¿Qué clase de amiga?

—Fui a posar para su patrón.

—Es sorprendente.

—Sí, fue de esa forma como conocí a Norman Gunness. El señor Hayes quería hacer una estatua conmigo. Tiene un museo de figuras de cera, pero no llegamos a un acuerdo.

—¿Por qué no?

—Al señor Hayes le gustaba una absoluta belleza.

—Usted la posee.

—Tengo una cicatriz en la espalda... No es muy grande. Resultado de un accidente de automóvil. Lo sufrí hace cinco años. Estuve a punto de morir. Me tuvieron en el hospital durante dos meses...

Duke esbozó una sonrisa. Si Mirna le estaba contando la verdad,

aquella cicatriz en la espalda había sido el obstáculo para que se convirtiese en una estatua sin vida.

—El señor Hayes me licenció y Norman Gunness me invitó a cenar. Yo acepté. Fue así como empezó todo.

—¿Le paga él este apartamento?

—Me lo pagaba.

—¿Quiere decir que ya terminaron?

—Sí.

—¿Y por qué acabaron?

—¿Por qué acaba un hombre con una mujer, señor Martin? ¿No cree que la respuesta es muy fácil?

—Porque hay otra mujer.

—Exacto.

—¿Y quién es ella?

—Una tal Ingrid Simmons.

Demonios, se dijo Martin. Aquel Norman Gunness no se privaba de nada, aunque, si se tenía en cuenta que había sido secretario de Clinton Hayes, no tenía nada de particular que se hubiese aficionado a las mujeres hermosas.

—«Bien, ya llegamos a la parte más importante, Mirna. ¿Cómo sabe que Norman Gunness mató a Clinton Hayes?».

—Porque me lo dijo con anterioridad.

—¿Le dijo Norman que iba a asesinar a Clinton Hayes...?

—Desde luego —contestó Mirna, llevándose el vaso a los labios y bebiendo un trago.

—¿Cuándo se lo dijo, Mirna?

—Hace poco más o menos una semana.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Verá, él se quedó dormido y habló en sueños... Fue el día anterior a que se decidiese a romper conmigo. Quiero decir que en ese momento todavía éramos buenos amigos.

—Entiendo. ¿Y qué fue lo que dijo en sueños?

—«Lo mataré, señor Hayes».

—¿Sólo eso?!

—Agregó otra frase.

—¿Cuál?

—«Tendré mucho dinero cuando lo haya matado, señor Hayes».

—¿Qué más?

—Eso es todo... ¿Le parece poco?

—Mirna, un hombre puede exteriorizar en sueños sus peores deseos, pero eso no constituye una prueba para un tribunal.

—¿Quiere decir que no sirve?

—Me temo que no.

—¡Pero si él lo dijo...! —gritó Mirna—. ¡Dijo que lo iba a matar...! Martin comprendió que Mirna odiaba a Norman Gunness con todas sus fuerzas por haberla abandonado.

Se puso en pie.

—¿No va a ir a la policía, señor Martin?

—No. Y tengo que hacerle unas preguntas, Mirna.

—¿Preguntarme a mí? ¿Por qué?

—Porque su conducta es muy extraña.

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo supo de mi existencia?

—Márchese.

—¿Quién le habló de mí? ¿Quién le dijo dónde podía encontrarme...?

—He tratado de ayudarle, señor Martin...

—No, no me ha ayudado. Quiero decir que no lo ha hecho sin un interés. Usted pudo llamar directamente a la policía. ¿Por qué no lo hizo?

Una luz brotó en su mente. Aquello era una trampa.

—Mirna, dígame rápido por cuenta de quién trabaja.

—Déjeme en paz.

—Su vida corre peligro, Mirna. Se lo aseguro.

—Oiga, márchese, quiere.

—Me voy enseguida, pero ya cometí el error de venir.

En ese momento se abrió la puerta y dos hombres entraron en la estancia.

Uno era bajo, regordete, y el otro, alto, delgado, de sienes hundidas. Duke soltó una maldición para sus adentros. La trampa ya había saltado.

—¿Amigos suyos, Mirna? —dijo.

—¡Eh, no he visto a estos hombres en mi vida! ¡Usted los trajo, Martin!

—No, no los traje.

—¿Son policías? —preguntó Mirna a los recién llegados.

Ninguno de ellos contestó.

El alto estaba mirando a Mirna y dijo:

—Qué gran mujer, ¿eh, chico?

—Caramba, es de lo mejor que he visto desde que murió mi Mary

—asintió él otro.

Tenían las manos en los bolsillos del abrigo, y ahora las dejaron ver.

Cada diestra manejaba una pistola con silenciador.

La joven dio un grito.

—A callar, nena —dijo el alto y delgado.

—Eh, muchachos —intervino Duke—. Aquí hay una equivocación.

—¿Qué equivocación? Tú eres Duke Martin y ella Mirna Hans.

—Les voy a dar la sorpresa. Yo no soy Duke Martin.

—Oh, claro. Tú eres Papá Noel.

—Soy William Morris, nacido en Atlanta el 24 de febrero de 1935.

Hijo de Thomas Morris y de Lana Hammes. En la escuela fui un niño prodigio y tuve mi primera novia a los nueve años.

—Ya basta, niño prodigio —dijo el gordito.

—Puedo demostrar que soy William Morris —dijo Duke, y fue a meter la mano en el bolsillo.

—Quieto o te las ganas —dijo el alto.

Martin dejó colgar los brazos.

—¿Qué es lo que buscan? —preguntó.

Tuvo la respuesta enseguida.

Sonó un suave estampido y Mirna gritó otra vez, aunque menos fuerte que antes.

Duke volvió la cabeza y vio que la joven había caído en el suelo.

Tenía un agujero en el centro del pecho.

Sintió toda la rabia del mundo porque nunca le había gustado el papel de oveja que sacrifican en el matadero.

Dio la vuelta y saltó sobre el gordito, que era el que estaba más cerca.

Algo hizo impacto en su mandíbula: el puño del alto.

Cayó de rodillas, y entonces le golpearon otra vez.

Perdió la noción de todo, y nuevamente se sumergió en aquel mar donde las olas alcanzaban la altura del Empire State, pero ahora no vio a Landru con su bata de barbero, sino a la sueca-americana, cubierta con un camisón muy sugerente. Iba hacia él con los brazos extendidos, el cabello flotando al aire, diciendo: «Te quiero, Martin,

te quiero...».

CAPÍTULO XI

Unas manos lo abofetearon.

Abrió los ojos y, a través de una nube espesa, vio una cara que no le gustó nada. La del sargento Timothy Flagg.

—Váyase con Landru, sargento —dijo.

—¿Ha oído, teniente? El bueno de Duke Martin hace chistes hasta cuando asesina.

Martin llegó a la conclusión de que el sargento no formaba parte de su pandilla. Estaba despierto y seguía en el apartamento de Mima Hans.

Se produjo un fogonazo y entonces comprendió que el policía fotógrafo estaba sacando la placa de Mirna.

Miró al teniente, que estaba sentado en el diván, sosteniendo por el cañón una pistola provista de silenciador.

—Eh, teniente —dijo—. Le apuesto doble contra sencillo a que esa arma tiene mis huellas dactilares.

El sargento Flagg rió a carcajadas.

—Eso fue lo más ingenioso, Martin. Le encontramos con la pistola en la mano. De modo que si no se abrasó la piel para no dejar su marca, la pistola tendrá su zarpa completa. El fiscal del distrito se va a poner muy contento cuando le llevemos un caso tan claro.

—Teniente —dijo Duke—. Lo he considerado a usted siempre como un hombre con un cerebro. No creerá que yo maté a una mujer a la que no conocía...

—Si estaba aquí era porque la conocía —repuso Hunter.

—Me llamó por teléfono.

—¿Adónde?

—A casa del señor Hayes.

—¿Y cómo dio con usted?

—Es lo que le pregunté cuando llegaron los gorilas.

—¿Qué dos gorilas?

—Los asesinos.

El sargento lanzó otra carcajada.

—¿No se lo dije, teniente? Acerté en pleno. Le dije que, cuando

recuperase el sentido, nos hablaría de gorilas. Martin siempre echa mano a esos fulanos cuando se encuentra en una situación como ésta...

—Teniente, ¿cómo llegaron aquí? —inquirió Duke.

—Nos telefonearon.

—¿Quién hizo la llamada?

—Un hombre que no quiso establecer su identidad. Dijo que pasaba por el corredor y que oyó un estampido muy flojo, y después un grito de mujer...

—Creo que está claro, ¿no, teniente? Fue uno de los asesinos quien les hizo la llamada.

—Es posible.

—Gracias, teniente.

—Pero lo tenemos a usted, Martin, y no tenemos a nadie más.

—Puedo describir a los dos tipos. Seguro que son conocidos en la profesión.

El sargento ladró:

—No se moleste, Martin. A la policía no nos pagan para que vayamos detrás de dos fantasmas.

—No son dos fantasmas, sino dos personas de carne y hueso como usted y como yo.

—¿Por qué no lo piensa mejor, y en lugar de darnos esa descripción nos dice por qué mató a esta chica?

—¿Qué historia quiere que le invente, sargento?

—Nada de invención. Queremos la verdad.

—La verdad es que esta chica me llamó diciéndome que tenía las pruebas de que Norman Gunness había asesinado a Clinton Hayes.

—Estupendo. ¿Se las dio?

—No, no me las dio.

—Ya lo suponía.

Duke exclamó, irritado:

—¡La chica dijo que había sido amiga de Norman Gunness y que, hace cosa de una semana, él habló en sueños...! ¡Norman Gunness dijo que iba a matar a Clinton Hayes!

El sargento arrugó la nariz.

—¿Qué prueba es ésta...? Cielos, Martin, le debieron pegar muy fuerte. Nunca lo vi tan flojo de ingenio... Cuando se lo contemos al fiscal del distrito, se va a mondar de risa...

Duke miró al teniente.

—¿Opina usted lo mismo, Hunter?

—Debo admitir, como el sargento, que está dando una sensación muy pobre.

—Oiga, teniente, Mirna Hans estaba destinada a ocupar un lugar entre las mujeres del museo de cera de Clinton Hayes. Según ella, Hayes la rechazó porque tenía una cicatriz en la espalda producida por un accidente de automóvil. Entonces Mirna ligó con Norman Gunness. El pagó este apartamento y lo habría seguido pagando de no haber aparecido otra joven en su vida, Ingrid Simmons.

—¡Párese ya! —exclamó el sargento—. Nos está volviendo locos con tantos nombres...

—Está bien. Deme un trago.

—¿Fara qué?

—Porque lo necesito.

—Déselo, sargento —ordenó el teniente.

El sargento escanció en un vaso.

Duke bebió un trago, hizo chascar la lengua y preguntó a Hunter:

—¿Qué ha sabido de las chicas muertas?

—Hemos identificado a la mayor parte de ellas, y podemos saber cómo trabajaba Clinton Hayes. Suponiendo que a Mima Hans la hubiese rechazado por una cicatriz, otras se libraban de convertirse en figuras de cera porque tenían amigos en Nueva York. Clinton Hayes sólo mataba a chicas que hubiesen roto sus relaciones con la familia y que careciesen de amistades íntimas en nuestra ciudad... Por ello había dejado en paz a las modelos de Greenwich Village.

—Teniente, hay una cosa segura.

—Oh, sí, repítame que el asesino continúa suelto.

—Usted debe saber que eso es tan cierto como que Sarah Hayes es inocente. Déjeme veinticuatro horas libre y yo le entregaré el asesino en bandeja de plata.

—Bravuconadas —repuso el sargento Flagg—. Si lo dejamos libre, usted se marchará a la Patagonia.

—Teniente, le prometo que me quedaré en la ciudad...

El sargento señaló la pistola que su jefe tenía en la mano.

—¿Y eso, Martin?

—¡No es mía!

—Pero están sus huellas y con esta pistola se ha asesinado a una

mujer.

Duke se puso en pie. Se encontraba mucho mejor.

—Teniente, nunca le pedí un favor.

—No me lo pida, porque no se lo voy a conceder.

—¿Quiere decir que estoy detenido?

—Si lo que dice es verdad y no mató a esa chica, nosotros nos ocuparemos de aclarar los pormenores del asunto.

—No podrán con el asesino.

Flagg le puso una mano en el hombro.

—Somos la policía, un cuerpo entrenado para luchar contra el mal.

—Cuenta una de miedo.

—Que se lo cuente su compañero de celda.

Martin soltó un puñetazo en el mentón del sargento y echó a correr hacia la puerta.

El sargento Flagg cayó sobre el teniente porque Duke lo había enviado en aquella dirección. Los dos policías se convirtieron en un lío de piernas y brazos.

Martin salió del apartamento y cerró la puerta oyendo gritos a su espalda.

Descendió la escalera como una exclamación y, ya en la calle, siguió corriendo un buen trecho, hasta alejarse de la casa donde Mirna Hans había sido asesinada.

Se metió en un bar, fue derecho a la cabina telefónica y marcó el número de Ingrid Simmons.

—¿Quién llama? —Oyó la voz de la joven.

—Soy Duke Martin.

—Hola, Martin. ¿Dónde estás?

—Huyendo de la policía.

—¿Qué pasó?

—Mataron a una joven, quizá la conozcas, Mima Hans.

—No, no la conozco.

—Era amiga de Norman Gunness y, según Mirna fue él quien liquidó a Clinton Hayes —a continuación le contó su escena con Mirna Hans, la posterior llegada de los asesinos y lo que había pasado hasta que se encontró en manos de la policía y escapó.

—Puedo ayudarte, Duke —repuso Ingrid—. Tengo un amigo que es dueño de un camión. Casualmente, me llamó por teléfono hace unos instantes. Se marcha a Chicago con su vehículo. El te sacará de la

ciudad.

Duke sonrió.

—No, Ingrid, no me voy de Nueva York.

—Los polis terminarán por atraparte.

—Haré todo lo posible para dejarlos con un palmo de narices, y para que eso ocurra, he de capturar al verdadero asesino.

—¿A Norman?

—Sí, a Norman. Has de darle un mensaje de mi parte. Dile que lo espero dentro de una hora en la feria de Bill Dickman, en el palacio Oriental. Ha de llevar consigo cinco mil dólares. Es mi precio por mi silencio. Dile que lo dejaré tranquilo.

—Pero él no querrá ir.

—Irás cuando le digas que lo puedo poner en manos de la policía. Entonces no podrá marcharse contigo al Brasil, porque se acabará su racha de buena suerte... Te daré diez minutos para que le telefonees. Te volveré a llamar para saber su respuesta.

—Está bien. Lo haré.

—Buena chica —dijo Duke y colgó.

Salió de la cabina, bebió un *whisky* en el mostrador y encendió un cigarrillo.

Finalmente volvió a la cabina.

Apenas sonó al otro lado el timbre, oyó la voz de Ingrid.

—¡Ya está hecho como tú querías!, Duke. Pero dudo mucho que Norman vaya a ir allí, a la feria de Bill Dickman... Norman dijo que tú estás loco, y que no hará nada por ti.

—Bueno, eso fue lo que dijo, pero quizá cambie de idea.

—Oye, sigo pensando que debes largarte con mi amigo. No saldrá a Chicago hasta la medianoche. Mientras tanto, puedes estar en mi apartamento.

—Iré por ahí, pero no ahora... Hasta pronto, Ingrid, y gracias por todo.

Duke dejó el auricular en la horquilla y salió del bar, encaminándose a la feria de Bill Dickman.

CAPÍTULO XII

—¡Pasen, señores, pasen y siéntense transportados al, mundo de *Las mil y una noches*. A Maravillosas bayaderas interpretarán para ustedes la danza del vientre que hace más de mil años encantaba al famoso Harum-El-Raschid...!

El negro Elías iba a entrar por la puerta destinada a los artistas, cuando Duke se le puso delante.

—Hola, Elías.

—¿Otra vez usted?

—Quiero hablar con Rock Nelson.

—No lo encontrará aquí. No ha venido desde que detuvieron a su chica. Rock estará en el circo, al fondo. Dentro de un rato le toca interpretar su número.

—¿Qué es lo que hace?

—Levanta pesas, y una barra de donde cuelgan hasta media docena de lindas chicas.

De pronto oyeron una voz agresiva, ronca:

—¿Con quién hablas, negro?

Era Charles Evans, el gerente del palacio Oriental, donde actuaban las bayaderas.

—Elías, te dije que no hablastes con la escoria.

—Perdone, señor Evans, pero él me preguntó.

—No tenías obligación de informarle. Lárgate.

Elías tartamudeó unas palabras y se metió en el barracón.

Evans señaló a la cara de Duke.

—Usted no me gusta nada.

—Hace bien teniendo unas muchachas con un físico tan imponente...

—Bromista, ¿eh?

—No sabe cuánto, Evans.

—Pues entérese de esto, Martin. No quiero verlo por aquí, o me obligará a llamar al policía de servicio. ¿Sabe que pregunté al *Star*, y me dijeron que no había ningún periodista de su nombre?

—Vaya, parece que se tomó muchas molestias por mí.

—Una llamada se hace pronto.

—Nos veremos luego.

—No lo quiero ver más, y le recomiendo que se largue.

—Evans, yo también quiero darle un consejo.

—Quédese.

—Yo oí el suyo, oiga él mío.

—Muy bien. Adelante.

—Estoy haciendo un trabajo y no admito interferencias de nadie. No se meta conmigo, o saldrá perdiendo.

—¿Me amenaza?

—Ya le dije que sólo era un consejo... Y ahora, adiós.

Duke echó a andar hacia el circo donde trabajaba Rock Nelson.

No fue por la parte principal donde se aglomeraba el público para entrar, sino a los carromatos de los artistas.

Vio el del Tragasables, el de la Mujer Barbuda, y más allá un remolque en el que campeaba este *slogan*: Rock Nelson. «El hombre más fuerte del mundo».

Subió los tres peldaños y empujó la puerta entreabierta.

Rock Nelson estaba tendido en un camastro con una botella de *whisky* en la mano.

—No debe hacer eso, Rock —dijo Duke—. El alcohol es muy malo para un artista de su clase.

Rock Nelson se incorporó y sus ojos destellaron con intensidad mientras observaba a su visitante.

Ya estaba listo para su número porque se cubría con un *slip* de piel de leopardo y mocasines. El resto del cuerpo estaba a la intemperie.

—Tengo que pedirle perdón, Duke. Me porté muy mal con usted...

¿Quiere sentarse?

—Desde luego.

Martin ocupó una silla.

Rock miró la botella y bebió un trago.

—Sé que me hace daño, como usted dijo, pero estoy desesperado...

¿Se da cuenta? Quiero a Sarah, la quiero más que a otra mujer en el mundo... Y ahora ella está en manos de la policía, acusada de un asesinato que no cometió. ¿Por qué los policías no son más inteligentes? ¿Quién puede creer que Sarah es una asesina? Sólo un estúpido...

—Para ellos sólo cuentan las pruebas, y debe admitir que las

circunstancias que rodean la muerte de Clinton Hayes culpan a Sarah.

—Ella sólo fue a la casa para convencer a Hayes de que debía concederte la mitad de su fortuna... Si yo hubiese sabido eso, se lo habría quitado de la cabeza. No quiero a Sarah por su dinero, sino por ella misma. Cuando yo la conocí, ignoraba que fuese una mujer rica por su nacimiento... Naturalmente, no soy tan idiota como para renunciar a un montón de billetes. Pero la Conducta de su tío no dejaba lugar a dudas con respecto a su obsesión. Quería casarse con Sarah a toda costa, y como ella tuvo que huir de su lado decidió quedarse con el dinero.

Rock hizo una pausa y bebió un nuevo trago.

—Se van a arreglar las cosas, Nelson.

Rock parpadeó.

—¿Lo dice de veras?

—Sí.

—¿Va a capturar al culpable, Martin?

—Seguro.

—¿Cuándo?

—Quizá aquí, esta misma noche.

—¿Quién es? ¡Dígamelo enseguida...! ¡Quiero tener su cuello entre mis manos!

—Se lo partiría en dos, Rock, y entonces no habríamos adelantado nada.

—Tiene razón.

Duke se puso en pie.

—Volveré por aquí cuando todo se haya arreglado. Martin fue a salir, y Rock le cogió del brazo. —Gracias por todo lo que hace, Duke.

—No tiene importancia.

—Para mí la va a tener, y sobre todo para Sarah... Duke le dio unas palmadas y salió del carromato. Consultó su reloj. Era ya la hora de la cita con Norman Gunness.

Fue de nuevo hacia el barracón del palacio Oriental. Sin embargo, Norman no estaba allí.

Las bayaderas ya no se exhibían en el pequeño escenario de la entrada y la gente aplaudía en el interior.

Martin encendió un cigarrillo y lo fumó con largas chupadas. Estaba

un poco nervioso.

—Buenas noches —dijo una voz a su espalda.

Se volvió sintiendo un escalofrío. Era Norman Gunness.

—Celebro que haya venido, Norman.

—Lo decidí a última hora.

—Lo importante es que esté aquí.

—Ya sé, si he venido, significa que soy el asesino de Centón Hayes.

—Sí, Norman.

—Se equivoca.

—Usted me mandó los dos matones.

—¿Dos matones? ¿Adónde se los mandé?

—Al apartamento de Mima Hans, su antigua amiga, la mujer que cambió por Ingrid Simmons.

—¿Qué tonterías está diciendo? Yo no he mandado matones a ninguna parte.

Duke señaló el maletín.

—Sin embargo, me trae el dinero que le pedí. Con eso se asegura de que tendré la boca cerrada.

—Le he traído el dinero para que se largue de una vez, para que deje de molestarme, pero eso no quiere decir que matase a Clinton Hayes. He comprendido que usted me puede hacer mucho daño con sus tonterías, y quiero quitármelo de encima de una vez por todas. Acepte este dinero y salga de la ciudad.

En ese momento vio Duke llegar a Ingrid Simmons. Se detuvo entre los dos hombres.

Norman arrugó el ceño y preguntó con acritud:

—¿Qué haces aquí, Ingrid?

—No quise perdérmelo, querido.

—¿Sabes lo que tú eres? ¡Una estúpida...! Debiste quedarte en tu apartamento y no molestar.

—¿Por qué te molestó, querido...? Me preocupo de que tú y Duke Martin seáis buenos amigos.

—No vamos a ser buenos amigos. Yo le voy a dar el dinero y él se va a largar.

—También vine a decirte algo que quizá no te guste.

—¿Qué cosa?

—Voy a terminar contigo.

Norman Gunness rió.

—¿Qué tontería es ésta?

—No voy a seguir a tu lado.

Norman miró un momento a Duke, y luego otra vez a Ingrid.

—Es él, ¿eh...? ¡Confíésalo...! Es este condenado Duke Martin que te llegó muy hondo... ¿No son las palabras que tú empleas cuando te enamoras? Recuerdo que, cuando me contaste la historia de tu vida, me dijiste que te había llegado muy hondo el muchacho del poste de «servicio de tu pueblo», y luego te llegó muy hondo el conferenciante que hablaba de la paz... Y con tres más te pasó lo mismo... Te diré cómo se llaman las mujeres como tú...

—Norman —le interrumpió Ingrid—, he vivido con puercos toda mi vida, pero tú les ganas a todos...

Norman lanzó una risotada.

—¿Sabes qué clase de puerco soy yo, Ingrid? El que te va a comprar el abrigo de visón. Hermoso, ¿verdad? El que te paseará con un «Cadillac» en Río de Janeiro, el que te va a pagar los hoteles más caros...

—Entonces vas a hacer un gran ahorro conmigo, Norman, porque no quiero nada de ti.

—¿Es que estás chiflada? Te he oído infinidad de veces hablar de un abrigo de visón, de un «Cadillac», y todos esos lujos que deseáis las mujeres de tu clase...

—Tú no me comprendes, Norman, ni nunca me comprendiste. Piensas que porque no tuve una educación, me puedes tratar como a una cualquiera... Muy bien, ahora te voy a demostrar que te equivocaste conmigo... Quédate con tu plata y búscate a otra mujer...

Gunness hizo rechinar los dientes.

De pronto se oyó un suave estampido por detrás.

Norman se tambaleó y cayó de bruces delante de Ingrid.

Duke vio a lo lejos en la esquina posterior del barracón al delgado asesino. Era él quien había disparado su pistola.

Ahora el gordito aparecía a su lado y también él manejaba su pistola provista de silenciador.

Ingrid se había quedado inmóvil, como una estatua.

Duke saltó sobre ella, la tomó por la muñeca y tiró fuerte.

—¡A correr, Ingrid...! ¡Esos tipos están dispuestos a matarnos!

Dieron la vuelta al barracón justo cuando se producía un segundo

estampido.

Duke sintió que la bala silbaba por detrás, incrustándose en la madera.

CAPÍTULO XIII

—¡Hay que buscar un policía! —exclamó Ingrid, mientras corrían.

—Ni lo pienses. Si buscamos un policía me encerrarán. Recuerda, soy yo el asesino de Mirna Hans.

—Pero ya está todo claro. Esos hombres asesinaron a Norman Gunness.

—No podemos demostrarlo, y los de Homicidios pensarán que también lo maté yo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Correr.

—¿Hasta dónde?

—Me temo que hasta el fin del mundo.

—Duke, no hablarás en serio. Ya no puedo más.

Martin volvió la cabeza y vio entre la gente al larguirucho pistolero que se estaba dando mucha prisa en alcanzarlos.

—¡A la montaña rusa! —dijo Duke.

—¡Me da vértigo!

—Sentirás más vértigo si nos quedamos en tierra.

Duke compró rápidamente dos boletos y se metieron en uno de los compartimientos del convoy.

Martin miró hacia abajo y vio que el delgado estaba adquiriendo su boleto.

Ingrid se echó sobre Duke.

—Pásame el brazo por encima.

Martin la apretó contra sí, porque pensó que, si la muerte los sorprendía, sería mucho mejor estar cerca de una mujer como Ingrid.

El larguirucho ocupó un asiento dos compartimientos más allá. Le dirigió una sonrisa a Duke que quería decir: «No te vas a escapar, muchacho, y podré disparar cuando me dé la gana».

Duke se tocó la cabeza, presintiendo que sería allí donde le iban a alojar la bala.

Otras personas se sentaron entre él asesino y ellos.

Unos segundos más tarde, el convoy se puso en marcha.

Ingrid lanzó un grito y cerró los ojos.

—Me voy a morir, Duke...

Martin estuvo de acuerdo en que eso podía ocurrir de un momento a otro, pero no se lo dijo.

El convoy se precipitó por una hondonada, Ingrid puso una mano en la nuca de Martin y apretó su boca contra la de él.

Duke tuvo una ocurrencia, hundirse en el asiento. Demonios, ¿cómo no lo había pensado antes? Ahora el asesino larguirucho no podía verlos.

Allí, acurrucados, Ingrid y Duke se continuaron besando.

Al cabo de unos instantes, Ingrid abrió los ojos y dijo:

—Duke, qué tonta soy...

—¿Por qué?

—Porque siempre pensé que no me gustaba nada la montaña rusa y la encuentro deliciosa —enseguida unió sus labios a los de él.

Llegaron al final del viaje y con ello terminó también la escena de amor.

Martin tomó a la joven del brazo y, cuando vio que el larguirucho se dirigía hacia ellos, empujó a un tipo sobre él.

El asesino perdió el equilibrio al recibir al individuo y los dos cayeron al suelo.

—¡A correr, Ingrid! —gritó Duke.

Los dos se pusieron nuevamente en marcha.

Sin embargo, Duke se encontró con una sorpresa, con él tipo gordo, el cual se interpuso en su camino y ya iba a sacar la mano del bolsillo.

Martin le soltó un patadón en el bajo vientre y el gordito se arrugó como un traje barato.

El larguirucho se acercaba rápidamente.

—Vuela, Ingrid.

—No tengo alas.

—Nos van a liquidar.

—Ya tengo alas.

Otra vez corrieron abriéndose paso entre la gente.

Llegaron al Túnel del Amor.

Era un río artificial en el que las parejas viajaban en barca durante unos minutos.

Duke no titubeó en pagar el precio correspondiente a una pareja.

En unos momentos estuvieron en el bote. Duke cogió los remos y los movió muy aprisa. La embarcación se internó en aquel subterráneo. Sin embargo, antes de torcer a la derecha, Duke miró a su espalda y soltó una maldición porque el delgado y el gordo se disponían a embarcar también.

Eso le dio nuevas fuerzas para remar.

—Eh, Duke, esto se pone muy oscuro —dijo Ingrid.

—Ya se puso más negro que la tinta.

—¿Cómo dices?

—No me hagas caso. Hablaba conmigo mismo, y...

—Nuestra situación es muy grave, ¿verdad, Duke? Y no me digas que no, porque yo también he visto a esos dos hombres... Creo que nos metimos en una trampa... Éste es el mejor sitio para que nos maten.

Martin hubo de reconocer mentalmente que la joven tenía razón. El río subterráneo se doblaba a un lado y a otro, y sólo de trecho en trecho aparecía iluminado.

Cuando estuviesen en la oscuridad, aquellos tipos, tendrían ocasión de hacerles un buen relleno de plomo.

Una de las barcas estaba detenida junto a la orilla.

En el fondo de la pequeña nave, un hombre y una mujer se besaban apasionadamente.

Duke se dijo que quizá fuese mejor imitarlos, pero renunció a la idea porque se colocaría al nivel del avestruz que escondía la cabeza para no ver el peligro. En la montaña rusa habían tenido una probabilidad de seguir viviendo y la aprovecharon, pero ahora beso los labios de Ingrid sería tanto como suicidarse.

—De pronto, en una de las revueltas descubrieron una isla con vegetación artificial, palmeras y arbustos.

Se veían algunas embarcaciones en la orilla.

Sin titubear, Duke detuvo allí su barca.

—Vamos, nena.

Ingrid y él saltaron a la isla y avanzaron entre la supuesta floresta.

Tropezaron con una pareja que aprovechaba bien el tiempo.

—Eh, muchacho, ¿por qué no se fija por dónde va? —dijo el tipo.

—Disculpe, pero llevamos prisa. Mi mujer necesita urgentemente un médico.

El tipo se quedó con la boca abierta porque creyó vérselas con un

loco.

—Eh, Duke —exclamó Ingrid—. Ya llegaron los dos asesinos...

Al oír aquellas últimas palabras, él individuo protestón dio un brinco e hizo levantar a la chica.

—Eh, nena, se ve que dejaron sueltos a los del manicomio... —se alejaron rápidamente.

Martin empujó a Ingrid al suelo. Lo hizo muy a tiempo porque enseguida oyeron la voz del asesino alto:

—No han podido ir muy lejos, Bud. Esta isla es muy pequeña.

—Se me ocurre una idea, Jeff. Yo iré por un lado y tú por otro.

—Buena idea.

Los dos asesinos se separaron y el gordito echó a andar justamente hacia el lugar donde se encontraban Ingrid y Duke.

La joven fue a gritar asustada, pero Martin le puso una mano en la boca.

El gordito apareció delante de los jóvenes y Duke, que ya estaba preparado, le pegó con el filo de la mano en el cuello.

Bud cayó en el suelo, pero se revolvió con la pistola.

Duke le atrapó la mano armada y la volvió un segundo antes de que disparase.

A Bud le apareció un hoyito en la barba como a Gary Grant, pero no podría presumir de ello, ya que por aquel agujero se le escapó la vida. La bala le había llegado hasta los sesos siguiendo un camino muy corto.

Se oyó la voz de una mujer a unos quince metros:

—Eh, Jean alguien trajo una botella de champaña.

Ingrid fue a levantarse, pero Martin no la dejó.

—Espera, Ingrid, el otro vendrá y quiero capturarlo vivo.

Pasaron dos minutos, tres, y por fin apareció el delgado y se detuvo cerca quizá pensando que Bud llegaría pronto.

Duke se levantó en el momento en que Jeff le daba la espalda.

—Jeff, no te muevas. Te estoy apuntando...

Jeff volvió solo la cabeza, y al cerciorarse de que, efectivamente, Duke tenía en su poder la pistola de su compañero, soltó un juramento.

—Deja caer el arma, Jeff —le ordenó Martin—. A la de tres, disparo.

No llegó a contar porque Jeff soltó la pistola con silenciador y

empezó a acercarse.

—Jeff —dijo Duke a su prisionero—, tienes otros tres segundos para decirme quién es tu patrón.

CAPÍTULO XIV

—Charles Evans —contestó Jeff.

—¿Cuánto os pagó?

—Dos mil cada uno.

—¿Es vuestra tarifa?

—Oiga, me niego a decir algo que podría incriminarme.

—Eres un tipo muy divertido. Se ve que has contestado muchas veces a la policía. Lo harás una vez más.

—Eh, no puede hacer eso conmigo. Le dije quién era mi patrón. Ahora déjeme marchar.

—Faltan muchas cosas.

—¿A qué se refiere?

—Uno de vosotros mató a Clinton Hayes.

—¿Clinton Hayes? En mi vida oí hablar de ese fulano.

—Te vas a ganar una bala.

—Le juro que no sé quién es Clinton Hayes.

—Oh, sí, claro, y si te pregunto quién mató a Mirna Hans, me dirás que la pobre sufrió un ataque al corazón.

—Fue otro trabajo por encargo de Charles Evans.

—Bien, muchacho. Vas a venir con nosotros, y repetirás todo eso a la policía.

—Eso me va a costar la silla eléctrica.

—Debistes pensarlo antes de que matases a tu primera víctima. Tarde o temprano tenía que suceder.

Jeff se encogió de hombros.

—Está bien. Iré con ustedes.

—Echa a andar hacia la barca.

Jeff se movió hacia la barca como Duke quería y ya se disponía a entrar cuando se volvió bruscamente. Tenía un revólver en la mano que se había sacado literalmente de la manga.

Pero Martin estaba atento y apretó su pistola.

Jeff recibió el obús en la cara y casi perdió la cabeza.

Cayó al agua y quedó flotando, boca abajo.

—¡Cielos, otro muerto...! —dijo Ingrid.

—Sí, y lo malo es que necesitábamos a Jeff —repuso Duke—. Ahora la policía no me creerá absolutamente, nada de lo que yo diga contra Charles Evans.

—¿Quieres decir que hemos de seguir huyendo?

—No. Ya se acabó la carrera. Vamos con Charles Evans.

Martin cogió por las piernas a Jeff y lo sacó del agua dejándolo entre la vegetación.

Más de una pareja se llevaría un susto cuando encontrase tanto cadáver desparramado por la isla artificial.

Duke remó hacia la salida y, una vez llegaron al fin del viaje, atrapó a Ingrid por la cintura y, mirándose a los ojos como dos enamorados, se fueron alejando.

—El amor... —dijo un viejecito dando un suspiro.

Poco después, Ingrid y Duke entraban en el palacio Oriental por la puerta de los artistas.

El negro Elías dio un respingo al ver a Duke Martin.

—Eh, oiga, no puede entrar aquí.

Duke sacó unos cuantos billetes, los hizo una bola y la arrojó al negro.

Abrió la puerta de la oficina y entró seguido de Ingrid.

Charles Evans estaba detrás de la mesa, consultando unos papeles, y al ver a Duke exclamó:

—No puedo concederle ni un solo minuto de mi tiempo, Martin.

—Cierra la puerta, Ingrid —dijo Duke.

La hermosa pelirroja la cerró.

Charles se puso en pie.

—Lo voy a sacar de aquí a patadas, Martin.

—¿Usted y cuántos más, asesino?

—No me diga eso... ¡No me lo diga, maldita sea...! Siempre he sido un buen padre de familia.

—¿Qué familia tiene?

—Ya no queda nadie. Tuve una hija, pero murió ahogada durante un viaje a Europa. Con ese motivo, su madre se tragó un tubo de barbitúricos.

—Y usted se quedó muy solo y pensó que debía de ganar mucho dinero porque sólo el dinero podría consolarle de la pérdida de su familia.

En ese momento se abrió la puerta y entró Rock Nelson. Se cubría

con un bonito batín a listas azules, muy brillante. Sacó la mano del bolsillo y allí tenía una pistola. Apuntó con ella a Duke.

—¿Qué te decía Martin, Charles?

—Me ha llamado asesino.

Rock Nelson sonrió.

—Cuando los vi entrar aquí, llegué a la conclusión de que se habían desembarazado de los dos muchachos.

—Sí, Rock —asintió Duke—. Los dos muchachos se quedaron en el Túnel del Amor y desde allí irán juntos al cementerio. Se querían mucho.

—Y antes de morir uno de ellos le contó la verdad. 1

—Sólo me citó un nombre. Charles Evans.

Rock se quedó muy serio.

—Ha enredado demasiado, Martin. Debió dejar las cosas como estaban.

—Oh, sí, claro. Tú te habrías llevado todo el dinero de Clinton Hayes porque ahora veo claras las cosas. Estás casado con Sarah.

—Sí.

—Te casaste con ella después de haber trazado tu plan.

—Es posible.

—Pero no tenías coraje bastante para hacerlo tú solo. Era mejor que Charles Evans se llegase a la casa. Tú estabas en situación de saber cuándo iría allí Sarah. De esa forma, tu mujer cargaría con el crimen...

—Conozco las leyes, y en el caso concreto de nuestro matrimonio, yo heredo a Sarah porque ella posee un millón de dólares.

—Eres un canalla, Rock. Enamoraste a Sarah y sólo querías su plata...

—Me cuesta mucho trabajo ganar dinero. Siempre me costó. Mis padres eran artistas de circo, pero nunca fueron artistas consagrados... Vivíamos en un vulgar remolque... Pasé hambre y frío. Yo tampoco soy excepcional. Para hacer mi número tengo que privarme de muchas cosas, del alcohol, de las mujeres... No puedo trasnochar. Constantemente tengo que hacer ejercicios. Una vida dura, Duke. Ya me cansé... Llegó Sarah cuando yo estaba con Evans y me bastó un día para saber quién era ella y todo lo demás... Era una chica perseguida por su tío, una muchacha en la flor de la vida, deseosa de encontrar a un hombre que la amase por sí misma...

—Rock, podías suspender tu declaración y seguir hablando ante la policía. De esa forma no tendrías que repetir tu historia...

Nelson soltó una risotada.

—Vas a conocer mi respuesta... Una bala para cada Luego, Charles y yo nos desharemos fácilmente de vuestros cadáveres...

Levantó la pistola para disparar, pero en ese momento se abrió la puerta y le golpeó en la espalda.

Duke salió al encuentro de Rock, estrellándole el puño entre los dos ojos.

El levantador de pesas cayó desvanecido.

La persona que acababa de entrar en el despacho y *.de* había impedido que Rock disparase era Lou Bates, pero no venía solo. Le acompañaban el teniente Clem Hunter y el sargento Timothy Flagg.

—¡Duke! —exclamó Lou—. El sargento y el teniente me sacaron de la cama... Dijeron que eras un asesino y que te cazarían muy pronto...

Duke señaló a Nelson.

—Teniente, aquí tiene a su hombre... El y Charles Evans son los culpables del asesinato de Clinton Hayes. Sargento, yo en su lugar me daría prisa en llegarme al Túnel del Amor.

—¿Eh?

—En la isla artificial encontrará otros dos cadáveres.

El sargento Flagg se pasó una mano por la cara y se tambaleó.

* * *

Duke Martin besó los labios de Ingrid.

—Tengo una sorpresa para ti, cariño...

—¿Cuál?

—Nos vamos a Río de Janeiro...

Duke había cobrado de Sarah Hayes un cheque por valor de diez mil dólares.

—Le dije a Lou que quiero ver a un primo mío que está en Canadá. Le di dinero bastante para que comiese bien, y me ha sorprendido diciéndome que en sus ratos de ocio se dedicará a estudiar un curso de escultor de figuras de cera... Lo cual demuestra que es cierto eso de que una persona se siente artista en el momento más inesperado.

—¿Y tú, Duke? ¿Cuándo te vas a sentir artista? —Ya, cariño— dijo

Martin y, abarcándola por la espalda, unió su boca a la de ella.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).